

BOLSILIBROS

TERROR

Selección TERROR

Ralph Barby

EL MONASTERIO PERDIDO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

558 – La reencarnación de Lady Deborah, *Joseph Berna*.
559 – Foto-Sex, *Ralph Barby*.
560 – La maldición de los Barrimore, *Adam Surray*.
561 – Reiré en mi funeral, *Ada Coretti*.
562 – La noche del cerebro, *Curtis Garland*.

RALPH BARBY

EL MONASTERIO PERDIDO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 563
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 40.281 - 1983
Impreso en España - *Printed in Spain*.

3ª edición: en España: diciembre, 1983

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

El cielo se había encapotado sobre París, el gran París, capital de Europa, la Ville Lumiére donde habitaban más ratas que seres humanos.

La atmósfera cargada hacía hediondas las emanaciones del río Sena con sus orillas de tierras negruzcas, cubiertas de hierba, por entre la que escapaban gases malolientes.

El *bateau mouche* surcaba las aguas oscuras. De pronto, un potentísimo foco se encendía y las pupilas de un chico y una chica quedaban heridas por el haz lumínico. La fémina volvía la cabeza mientras los turistas que viajaban a bordo reían pero alguien, tras sus gafas oscuras, gruñía: «cerdos».

Aquel sujeto de gruesa humanidad, con poco más de cincuenta años, escasísimo cabello y labios gruesos, algo rojizos, quedó en una callejuela de Pigalle, esperando con aire nervioso.

Un joven alto, pues mediría alrededor del metro noventa, delgado, con cabello cobrizo largo y lacio, rebasando ligeramente la horizontal de sus hombros, grandes ojos color café, algo tristes y un bigote frondoso de guías arqueadas, caminaba con cierta desgana dejando que la guitarra que colgaba en bandolera se moviera al compás de su cuerpo.

A una veintena de pasos del muchacho, un joven y dos chicas, sin duda alguna *hippies* corno él, caminaban sin dejar de comer manises que iban sacando de sus grasientos bolsillos que olían a todo.

Las féminas usaban pantalones largos y una de ellas, de cabello rubio, más ajustados que su compañera de melena castaña.

El joven que las acompañaba dijo algo, deteniéndose. Las dos chicas se echaron a reír mientras tiraban del brazo de su compañero para que no se detuviera en aquella tienda de indecencias y torturas, donde se podía comprar todo cuanto estuviera relacionado con el género.

Tarnal, el joven de la guitarra y los cabellos cobrizos, los vio entrar y siguió su camino. Al pasar frente a la puerta, se cruzó con los ojos verdosos de la chica rubia de los pantalones ajustados. El muchacho del terceto regateaba a voces con el propietario de la sex-shop.

Tarnal anduvo acercándose al hombre que protegía sus ojos tras los cristales oscuros.

—Has llegado tarde —gruñó éste de mal humor.

—Aquéllos han entrado en la *sex-shop*.

—Son tan cerdos como el propietario de esa tienducha de pornografías.

—Vamos, Sullivan, le va a subir la tensión si sigue mirando hacia

esa tienda. Allí hay cosas poco adecuadas para su edad.

—Oye, estúpido, yo no me solazo con lo que venden ahí.

El joven Tarnal hizo brillar sus ojos mientras alargaba la mano y cogía al obeso y correctamente vestido Sullivan por las solapas de su chaqueta. Lo alzó levemente sobre las puntas de sus pies y advirtió:

—Si vuelve a insultarme, le rebajo de peso a puñetazos, Sullivan, y sería una lástima ensuciar el suelo con tanta grasa.

—Está bien, suélteme, estoy algo nervioso. La noche está cargada, todo huele fétido y a mí se me hincha la nariz cuando eso ocurre.

—Pues cúrese de su alergia o váyase al campo a respirar aire puro.

—Vaya con Tarnal. Creí que los hippies eran pacíficos.

—¿Dónde tiene el coche?

—Esperando.

—Pues vamos antes de que se pudra o un gendarme tenga la amabilidad de pegarle una multa al parabrisas.

El «Jaguar» negro, lujoso pero demasiado oscuro, retrocedió en maniobra lenta para salir del aparcamiento. Los cristales polarizados impedían ver con claridad desde el exterior a quien viajaba en él.

De la cigarrera del auto, Tarnal sacó un pitillo, pero luego, pensándoselo mejor, manejó rápido los dedos y la vació totalmente.

—No seas tan ladrón y, por lo menos, dame uno.

En silencio, Tarnal le entregó un cigarrillo y le puso al alcance de la mano el encendedor automático que portaba el panel de mandos del coche.

Antes de encender su propio cigarrillo, Tarnal introdujo los demás en el interior de su guitarra que viajaba junto a él.

—¿Cuánto hace que no te has lavado?

Tarnal tardó en responder. Al fin, dijo lacónico:

—No me acuerdo.

—Pronto lloverá, tendrás oportunidad de hacerlo incluyendo la colada de tu ropa; apesta.

Tarnal ni se encogió de hombros, siguió fumando mientras los faros de otros automóviles que circulaban en dirección contraria trataban de herir sus ojos sin conseguirlo. En cambio, Sullivan, que no circulaba muy a gusto, pues conducía un coche inglés por carreteras francesas, lo que equivalía a tener el volante cambiado, utilizaba la luz intensiva en muchas ocasiones, y en tales casos, se escuchaba un largo bocinazo de protesta del automovilista molestado.

—Estás muy callado, Tamal.

—Usted haga su trabajo, yo haré el mío.

El «Jaguar» negro, bajo el cielo encapotado de una noche oscura, rodaba a más de ciento cincuenta kilómetros hora por la carretera Norte en dirección a la frontera belga.

Llevaba tiempo conduciendo cuando un piloto rojo se encendió en

el panel de mandos.
—¡Maldita sea!
—¿Qué ocurre?
—Tengo exceso de temperatura. ¿Sabrías arreglarlo?
—Yo no me ensucio las manos.
—Qué limpio —se quejó Sullivan mientras reducía la velocidad.
Frenó el coche en una amplia estación de servicio y un fornido mecánico, mascando chicle, salió a recibirles mientras en otro punto de la gasolinera algunos automóviles cargaban combustible y varios autocares se detenían para que sus pasajeros pudieran estirar las piernas y tomar algo en la cafetería.
—¿Qué les pasa?
—Se ha encendido el piloto rojo del aceite.
Tras las palabras de Sullivan, en mal francés, el mecánico abrió el capó y estuvo observando. Regresó a la portezuela que tenía el cristal bajado y preguntó:
—¿Cuánto hace que no le ha cambiado el aceite?
—No me acuerdo.
—Se nota —dijo el mecánico con resignación—. Debe tener el filtro tan sucio que no le circula bien el aceite.
—Pues, cambie el filtro y el aceite.
—Sí, pero eso será cuando el coche se enfríe lo suficiente. No estamos en tiempo de brujas para escaldarnos con aceite hirviendo.
—Está bien. ¿Cuánto tardarán?
—Dos horas, quizá tres. Si no hubiera pisado tanto el acelerador, no se le habría calentado de esa forma y hubiese llegado más lejos.
—Está bien, está bien, no gruña más y arregle el auto. Tarnal, ¿vienes a la cafetería?
—Sí, ¿por qué no? Tengo hambre.
—Te daré esto ya ahora
Sacó de la guantera un magnetófono a cassette en su estuche de piel. Le entregó otra funda de plástico especial advirtiéndole:
—Si llueve, protégelo con esto.
—Comprendido. —Lo observó en sus manos y dijo—: Un aparatito perfecto.
—¿Sabes cómo funciona?
—Sí, no es la primera vez que lo utilizo.
—Entonces, no hablemos más.
Al entrar en la cafetería, Tarnal dijo a Sullivan
—Usted se va a una mesa y yo a la barra.
—¿Y por qué no juntos? Podemos hablar.
—No ligamos. Usted es el capitalista y yo el rebelde. La gente creería que se ha vendido o que lo he hecho yo.
—Tienes unas ocurrencias bastante idiotas.

—Será de tanto oírle hablar, Sullivan.

Se separaron. Tarnal se dirigió a la barra y pidió unos bocadillos. El barman lo observó con recelo y preguntó:

—Oye, amiguito, ¿tienes para pagar lo que pides?

Con el pulgar, señaló por encima de sus hombros y dijo:

—Paga aquel grasiento.

El camarero miró interrogante a Sullivan y éste asintió con la cabeza.

—Está bien, no hay corno hacer amigos que den buena sombra.

—Sí, y ya que es tan generoso, deme ración doble de los bocadillos que he pedido.

—No me digas que vas a poder comértelos todos.

—No, pero llevo una bolsa de plástico.

—Hum, eso está bien. Hay que prevenir, lo cual no encaja en el decálogo *hippy*.

Tras guardarse los bocadillos en la bolsa de plástico, Tarnal tomó su guitarra y su *cassette* y abandonó la cafetería. Paseó en la oscuridad. Sullivan le vio de lejos, pero no tenía deseos de salir. Aunque no había comenzado a llover, el tiempo era desapacible.

Solitario en la noche, Tarnal se sentó entre unos setos y rasgueó la guitarra.

Pasaron los minutos y vio llegar otro autocar. Sus puertas se abrieron y un grupo de gente hablando en italiano descendió de él. Hablaban mucho, aprisa y fuerte. Tarnal observó a los latinos a distancia. Luego, éstos desaparecieron. El conductor le descubrió y, receloso, regresó al autocar para comprobar que todas las puertas estuvieran bien cerradas. Después, volvió con el resto de la expedición.

Tarnal observó con sorpresa cómo se abría una de las portezuelas del gran maletero que había bajo los pies de los viajeros. Con precaución al principio y rápidamente después» salieron unas piernas y luego unos cuerpos.

Tres figuras oscuras brotaron del maletero dejando la puerta cerrada nuevamente. Tarnal los reconoció al instante. Eran las dos chicas y el joven que viera en Pigalle,

—¡Eh, amigos!

El trío se volvió hacia él, suspicaz, pero al ver su aspecto e indumentaria, incluida la guitarra, corrieron hacia él. Los setos les brindaban protección.

—¿Qué haces sentado aquí?

A la pregunta del hippy de cabello rizado, Tarnal respondió:

—No lo sé, pero tengo ganas de marcharme. ¿Adónde vais vosotros?

—Vamos a Bélgica —le respondieron en inglés.

—¿Seguiréis utilizando el sistema del maletero?

—No, pronto llegaremos a la frontera y allí nos descubrirían —objetó la chica morena.

—Me llamo Michael —se autopresentó el joven.

La morena dijo:

—A mí me llaman Dientes. Se me notan, ¿verdad? —Se echó a reír mostrando su dentadura algo prominente.

Por su parte, la rubia aclaró:

—Yo, Vanessa. ¿Y tú?

—Tarnal.

—¿Maldito, por qué? —preguntó Vanessa.

Tarnal se encogió de hombros.

—Es la última palabra que oí en la casa de mis padres cuando cerré la puerta. Total, un recuerdo de familia.

—Bueno, si caminamos rápido llegaremos al cruce de autopistas y allí quizá nos lleve algún camión.

—Sí, vamos. Ahí dentro hay un tipo que me está incordiando —dijo Tarnal.

—¿Ha llegado a molestarte?

—No, sólo que se le han disuelto las ideas en la grasa. Vamos.

El cuarteto echó a andar. Tarnal repartió los bocadillos. Las chicas y Michael los tomaron y comieron sin dar las gracias; ya eran amigos.

Caminaron en !a noche por el arcén de la carretera, sin prisas.

El cielo seguía oscuro, amenazador, y cuando no oían el ruido de los coches que pasaban veloces, casi rozándoles, escuchaban el canto de alguna lechuza.

—¿Sabéis? Os he visto en Pigalle.

—¿Ah, sí? —preguntó Michael.

Dientes dijo riendo:

—Se ha gastado los francos comprando un látigo de siete colas.

Tamal miró a Michael interrogante.

—¿Y qué piensas hacer con uh látigo de siete colas?

—Flagelarme si se me ocurre la idea de regresar a la vida burguesa,

Michael y Dientes rieron, Vanessa y Tarnal no. Sin pretenderlo, habían formado dos parejas.

Los coches pasaban tan veloces junto a ellos que era imposible verlos.

—Eh, allí alguien se la ha pegado —exclamó Dientes.

Siguieron adelante hasta llegar junto a un coche destrozado ante el cual nadie se detenía. Tarnal frunció el entrecejo y, abriendo la portezuela que daba al volante, el cuerpo de un hombre se deslizó pesadamente hasta quedar medio fuera del auto.

Michael encendió una cerilla para verle la cara.

Vanessa volvió la cabeza y Dientes ahogó un grito para susurrar

después:

—Está destrozado, lleno de sangre, da horror mirarlo.

Michael, con la cerilla encendida en la mano, inquirió:

—Tú le conocías, ¿verdad, Tamal?

—Sí, es el tipo que ha pagado los bocadillos que os habéis comido. Como no hay nada que hacer, será mejor que nos larguemos de aquí antes de que la gendarmería nos meta entre rejas acusándonos de lo que se les ocurra.

—Tienes razón, Tarnal, este tipo ya estará con el diablo. De mucho le ha servido su lujoso automóvil.

—Sí, de mucho, para matarse —dijo Dientes escupiendo al suelo.

Tarnal dio una última ojeada al cadáver destrozado de Sullivan y balanceó el *cassette* en su mano.

Tomó por la espalda a Vanessa y reemprendieron Ja marcha. El cielo seguía amenazando tormenta, pero ahora veíanse unos relámpagos lejanos. Sin embargo, el rey trueno no había ensordecido aún sus oídos. Los automóviles en ruta seguían pasando junto al coche destrozado sin detenerse. Más adelante, los faros iluminaban a cuatro figuras que caminaban en dirección a Bélgica.

CAPITULO II

Llegaron al enlace de la autopista de Lille. Sobre el verde césped, y bajo el cielo encapotado, varios cuerpos dormían en apariencia. Eran jóvenes *hippies*. Tarnal contó hasta siete, tres chicas y cuatro muchachos. Michael v Dientes parecían conocerlos.

—Hola a todos, paz y llores en la Tierra.

Se saludaron con desgana. Una de las chicas bostezó v se quedó mirando abiertamente a Tarnal. Vanessa esbozó un mohín de disgusto que nadie advirtió.

—Parece que va a llover —dijo uno de los que estaban allí.

Michael lo llamó por su nombre.

—Chipper, habrá que buscar un refugio por si el cielo empieza a tener goteras.

Los relámpagos más cercanos habían precedido a la lluvia que, ya de madrugada, se presentó. Gotas gruesas que calaban hasta los huesos.

—¡Hay que escapar de aquí! —gritó Michael.

Estaban todos en el parterre verde y ancho que daba entrada al enlace de la autopista.

De pronto un microbús oscuro, casi negro, se detuvo bajo la lluvia. El chófer, asomándose por la ventanilla de su portezuela, gruñó fuerte para ser escuchado.

—Voy de vacío. Si queréis aprovechar...

—¡Cómo no! —respondió Chipper. A simple vista, cualquiera hubiera opinado que tenía en sus venas sangre oriental; debía ser mestizo euroasiático.

Se introdujeron en el microbús. Era de nueve plazas, pero, entre risas, se apretujaron y cupieron todos.

—¿Adónde vamos, buen samaritano? —preguntó Michael.

—¿Os importa eso? Os libro de la lluvia, no gruñáis más —replicó el conductor, un hombre de escasa estatuía y muy fornido.

Su edad estaría más cerca de los cincuenta que de los cuarenta y vestía uniforme con gorra de plato también muy oscura.

Vanessa y Tarnal viajaban delante, junto a él. Tarnal lo observó de reojo. El rostro del chófer que los había recogido tenía una expresión extraña. Sin embargo, no podía verlo bien, ya que la única luz era la de los relámpagos que lo iluminaban durante breves instantes con una luz fantasmal que podía desvirtuar la realidad.

Vanessa tampoco parecía gustar de su compañía, puesto que Tarnal la notó más cerca de sí.

Del interior de la guitarra, Tarnal sacó un cigarrillo. Le prendió fuego con un fósforo y, tras chuparlo, lo puso entre los labios de

Vanessa. Esta no dijo nada, pero aspiró el humo con fuerza.

Tarnal le susurró:

—Esto te hará olvidar que estás un poco mojada.

El microbús rodaba bajo la lluvia torrencial. Algunos de los jóvenes comenzaban a dormitar, no les importaba la ruta ni el destino, lo fundamental en aquellos momentos era no mojarse, y dentro de aquel refugio rodante estaban a salvo de la empapadora y fría lluvia. Sin embargo, como ya se habían mojado en parte, el interior del microbús olía fuerte a humedad.

Chipper y Michael intentaron hacer hablar al chófer, mas fue inútil, sólo consiguieron que dijera:

—No os preocupéis, os dejaré a salvo de la lluvia. ¡Maldita sea, no debí recogeros, apestáis como un establo de cabras!

Ya de madrugada, sin que nadie lograra ver hacia dónde se dirigían, ni siquiera Tarnal, que se había fijado mucho en Vanessa, el microbús se detuvo bajo el diluvio.

Frente a ellos se levantaba la sombra de un edificio que la oscuridad nocturna y la torrencial lluvia no dejaban perfilar.

—Vamos, ya habéis llegado. Ahí dentro encontraréis refugio.

Las puertas se abrieron y, a trompicones, muertos de sueño, el grupo de *hippies* saltó a tierra pisando un manto de hierba que cubría aquel suelo. Corrieron hacia el edificio y penetraron en él tras haberse protegido como habían podido de la brutal lluvia.

—Hace frío —dijo Vanessa.

—Aquí no se ve nada —masculló François en su mal inglés. Era el más obeso del grupo, la mayoría de ellos eran delgados.

De pronto, una de las chicas dejó escapar un grito.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Chipper.

—¡Una tela de araña!

—Luz, falta luz aquí —pidió Dientes, la joven morena que parecía muy amiga de Michael.

Fue Tarnal quien raspó un fósforo. Todos abrieron bien los ojos para escrutar en derredor. Ignoraban dónde estaban. En medio de una noche oscura y lluviosa, habían ido a dar con sus huesos a un lugar todavía más siniestro.

Chipper, el más animoso del grupo, observó:

—Por lo menos, aquí dentro no nos mojamos.

—Hay que .buscar algo para que no se me quemen los dedos.

—Allí hay un candelabro —señaló Vanessa.

Tarnal y Vanessa se acercaron al candelabro de siete velas, que fue encendido.

Los jóvenes parecieron querer animarse entre sí hablando. La situación en que se hallaban no terminaba de agradarles, estaban rodeados de telarañas y sus voces encontraban extraños ecos

—Podemos encender un fuego para calentarnos —sugirió Michael.

Chipper preguntó:

—¿Con qué madera?

—Afuera está todo mojado —dijo Dientes.

—Esto parece abandonado, alguna madera habrá —indicó Tarnal.

Hallaron unos bancos viejos y carcomidos que los jóvenes destrozaron, haciendo una pequeña hoguera sobre el pavimento de piedra granítica.

Las maderas rotas a golpes fueron encendidas gracias a unos papeles y todos se apresuraron a rodear la fogata.

Dientes suspiró:

—Así se está mejor.

—¿Qué será esto, un caserón abandonado?

—Parece un castillo —dijo Michael.

—A mí me recuerda a la nave principal de un monasterio —observó Tarnal.

—¿Un monasterio abandonado? —preguntó Ilda, la pecosa del grupo.

—Y el tipo del microbús, ¿por qué no entra también? —preguntó François—. ¿Por qué nos habrá traído aquí?

Chipper dijo como respuesta:

—Quizá no ha querido proseguir viaje con tanta lluvia.

-—Será mejor que durmamos alrededor del fuego hasta el amanecer. Por lo menos, nadie nos echará los perros.

—Antes preguntaremos al chófer que nos ha traído, al buen samaritano —dijo François en su mal inglés, que en aquellos momentos era el idioma que se hablaba entre el grupo de jóvenes.

Se acercó a la puerta. Mirando al exterior por entre la cortina de agua que caía, gritó:

—¡Eh, amigos, el chófer no está v el microbús tampoco !

La pecosa y algo generosa en carnes Ilda corrió hacia la puerta. Su sombra se reflejó en las altas paredes, unas sombras espectrales y cambiantes al son que marcaban las llamas.

—Nos ha traído aquí y se ha marchado, el muy cochino. ¿Dónde estamos?

—Cualquiera sabe, en el monasterio perdido —aclaró Tarnal.

De pronto, entre el ruido de la lluvia, se dejó oír el aullido largo y profundo de un lobo. Parecía quejoso y amenazador a la vez y no se hallaba muy lejos de donde estaban.

Por el cuerpo de las chicas, y también de alguno de los jóvenes, pasó un estremecimiento de miedo.

—¡Lobos, hay lobos! —casi gritó Dientes.

—Son raros los lobos por esta región —observó Tarnal;

Había dejado su guitarra en el suelo, pero no su cassette que para

preservarlo de la lluvia había encerrado en una bolsa de plástico grueso.

—¿Y tú como lo sabes? —le preguntó Michael.

—No hay muchos lobos por la frontera franco-belga.

—No sabemos dónde nos encontramos. Quién sabe la de vueltas que nos ha hecho dar el chófer. A lo peor estamos a las afueras de París. Bajo la lluvia no se ve por dónde viaja uno.

—Tarnal tiene razón, a lo sumo puede haber un lobo solitario, y un lobo solo no es peligroso —opinó François.

Mas el lobo solitario semejó iniciar un patético coro, porque los aullidos aumentaron. Dientes, temerosa, retrocedió más hacia el interior.

—Hay lobos, muchos lobos, parece que estamos rodeados —se quejó con voz temblorosa.

Sin saber cómo, Tarnal se encontró protegiendo a Vanessa con sus brazos.

—No temas, formamos un grupo numeroso, no nos atacarán. Lo que no entiendo es cómo desean cercarnos bajo esta lluvia.

—Yo tengo miedo —aclaró la pequeña Susan, que si no era pequeña en edad, sí en estatura, toda ella graciosa y ágil.

—Cerraremos la puerta y no oiremos a esas bestias. Quizá cerca de aquí viva algún tipo fanático dedicado a la cría de lobos, nunca se sabe. Desde que me enteré de que aquí en Francia hay un tipo que cría leones para exportarlos luego a África, me lo creo todo —gruñó Michael.

Cerraron la pesada puerta, aislándose de las posibles fieras y el rumor de la lluvia.

Los lobos seguían aullando fuera y por las altas ventanas de arco en punta, carentes de cristaleras, penetraban los aullidos que tanto inquietaban a las muchachas.

—Durmamos —pidió Tarnal.

—Yo no podría. Los lobos siempre me han dado pánico, desde pequeña —aclaró Vanessa.

—Está bien, ya no falta mucho para que amanezca —dijo Tarnal—, Pondremos un poco de música.

Desenfundó su cassette y todos se acercaron a él tratando de olvidar a las quejumbrosas fieras.

—¿Funciona bien este trasto? —preguntó François.

—Ahora lo comprobaremos.

Tarnal manejó el aparato y no tardó en oírse con claridad la voz de Bob Dylan. Tarnal miró hacia un techo que, por alto y oscuro y a la escasa luz que había, apenas podía verse. Subió el volumen al máximo, hallando eco en la gran nave de aquel monasterio perdido.

La voz de Bob Dylan animó al grupo. Luego, vinieron más

canciones y las chiras se ensimismaron bailando en solitario. Tarnal sacudió su guitarra y sacó cigarrillos, que repartió.

Chipper le preguntó:

—¿Son petardos?

—No, sólo tabaco canceroso.

—Simple basura —gruñó Michael tomando uno y encendiéndolo con una brasa.

De súbito, la puerta se abrió violentamente. Penetró una fortísima ráfaga de aire mezclada con lluvia que apagó las velas, dejándolos desconcertados y con la única luz de la fogata.

—¡Estate quieto, bromas ahora no! —chilló una de las muchachas.

—Vamos, hay que cerrar esa puerta, y asegurarla con algo —pidió Tarnal mientras encendía de nuevo el candelabro.

—¿Con qué? Si no hay nada. Haría falta una piedra y salir ahora sería empaparse hasta los huesos.

—Creo que cuando amanezca será bueno dar una vueltecita por todo el monasterio. Veremos qué podemos encontrar y si es óptimo para pasar aquí unos días descansando.

—¿Y comiendo lagartijas o dejándonos devorar por los lobos? —preguntó Lester, un joven que parecía llevar un casco por cabellera. Sus ojos brillaban de una forma extraña, y sus colmillos resultaban afilados. Era de ademanes bruscos, casi primitivos.

Cerraron la puerta dejándola tal como estaba antes, pero Tarnal colocó el candelabro cerca de la pared, a la derecha de la puerta, para que en caso de una ráfaga de viento no volviera a apagarse mientras la música del cassette seguía sonando.

—Bien, esto ya está mejor —dijo Dientes.

Volvían a estar como antes. Sin embargo, Vanessa semejó percatarse de algo.

—¡Ilda. Ilda!, ¿dónde estás?

—Ilda no está, se ha marchado o ha desaparecido.

Todos se miraron entre sí. François exclamó:

—Anda, pues es verdad, no está.

Chipper dijo socarrón:

—Habrá buscado algún rincón para...

—No seas grosero —le reprochó Dientes—. Ninguna de nosotras se alejaría del centro para nada hasta el amanecer. Nos lo hemos estado callando, pero esto es muy tétrico, muy abandonado. No me gusta, y si tenemos el cassette a todo volumen es para no oír a los lobos, para aislarnos con música de lo que nos rodea porque tenemos miedo, ésa es la verdad.

—No digas tonterías, Dientes; las mujeres sois muy fantasiosas. Parece mentira que chicas como vosotras, que habéis escogido la carretera, el campo, el mundo libre de la naturaleza como hogar,

sintáis miedo porque estamos, según Tarnal, en una especie de ruinoso y perdido monasterio medieval.

—Sea lo que fuere, Ilda no está entre nosotros —observó esta vez Vanessa.

La pequeña Susan, también visiblemente nerviosa, inquirió:

—Sí, ¿dónde está Ilda, dónde está?

—No os pongáis histéricas y llamémosla —propuso Michael.

Vanessa fue la primera en llamar, su voz retumbó en las altas bóvedas:

—¡Ildaaa, lldaaaa…!

Inmediatamente, todos vocearon el nombre de la desaparecida, pero sus nerviosas llamadas obtuvieron un eco extraño y quejumbroso que no esperaban.

Una gruesa campana comenzó a doblar en lo alto de alguna, para ellos, desconocida torre que debía poseer el ruinoso monasterio.

Tarnal, tras detener su magnetófono, exclamó:

—¡Atención, por lo visto no estamos solos!

—Muchachos, esto no me gusta, no me gusta nada —masculló Michael—. Si lo ha hecho Ilda, es una bromita pesada.

—¡Atención! —pidió Tarnal—. Esa campana dobla a muertos.

Diez pares de ojos escrutaron en derredor con el miedo en sus pupilas, en sus piernas, en sus manos. Algunas de ellas comenzaron a transpirar mientras los cuerpos se acercaban unos a otros para agruparse y protegerse mejor.

Un grito horripilante, un alarido arrancado de lo más hondo de un cuerpo femenino, rasgó el silencio de todas las estancias del monasterio, un grito que estancó el miedo en la garganta de los *hippies*.

Con voz ahogada, la pequeña Susan balbució:

—Creo, creo que es Ilda…

CAPITULO III

—La campana ha cesado de tañer —observó Michael con un suspiro de alivio.

Todos miraron hacia lo alto, como esperando ver una campana quieta cuando sólo veían tinieblas.

—Está amaneciendo —dijo Tarnal—. Mirad las ventanas.

—¡Pues es verdad, chicos, está amaneciendo! —exclamó Flower, una chica anormalmente delgada y en la que destacaban unos ojos grandes, saltones, y una quijada larga.

Lester y Clean fueron hasta la puerta, y la abrieron con cuidado. Tenían un evidente recelo hacia el exterior.

—Ya no llueve —observó el apodado Clean (En inglés, limpio).

—No podrás aprovechar para lavarte —se burló Chipper.

—¡Estáis haciendo tonterías y, mientras, Ilda ha desaparecido ! Habrá sido asesinada, todos hemos oído su espeluznante grito y no la hemos ayudado.

—Vamos, vamos, Susan, no te pongas nerviosa —le pidió Chipper —. Ilda ha gritado o puede que no haya sido ella, pero nosotros nada podíamos hacer. Desconocemos en absoluto cómo es esta especie de monasterio, ahora vendrá la luz del día y la encontraremos.

—Sí, eso, la encontraremos —asintió Michael agitando su pelo leonino—. Estará cansada como todos y puede haberse quedado dormida en algún rincón.

—No seas estúpido, Michael. ¿Quién se iba a dormir con el grito y las campanas doblando a muerto?

—Las campanas, no, Dientes, Ia campana. A ver si empezamos a multiplicarlo todo,

—Yo me largo de aquí ahora mismo —dijo Lester decidido.

—No. De aquí no se larga nadie hasta que hayamos encontrado a lida.

Todos se quedaron mirando a Tarnal. Lester se le enfrentó ceñudo.

—¿Y tú quién eres?

—Tarnal, creí que ya os lo había dicho. Ahora que se hace de día, veremos qué ha pasado aquí durante la noche. Afuera ya sabemos que hay lobos, pero aquí dentro, ¿qué hay?

—No pretenderás buscar catacumbas o criptas con esqueletos, ¿verdad? —preguntó Flower.

—No, sólo pretendo hallar a Ilda. No es normal lo que ha ocurrido. Mi idea es que hemos venido juntos a este siniestro lugar y sería bueno que nos largáramos juntos.

—Bueno, bueno, buscad lo que queráis, pero yo me marcho ahora mismo.

Todos miraron a Clean y luego a Tarnal. Este le dijo:

—Está bien, si tienes prisa por irte, hazlo eh seguida. Sólo espero que puedas detener las dentelladas de los lobos cuando te ataquen.

Clean dio un par de pasos hacia el exterior. Pisó la hierba llena de agua y se detuvo. Frente a él había una explanada cubierta por abundante hierba y luego se levantaban unos setos de tuyas formando im muro verde, oscuro e impenetrable. En aquel muro se abría un hueco como una puerta vegetal.

—¿Es que no viene nadie conmigo? ¿Vais a dejarme solo contra los lobos?

—¡No te vayas a mojar los pantalones, Clean! —le gritó Dientes, una chica muy vivaz.

—Está bien —refunfuñó—, busquemos a Ilda, pero en cuanto le hayamos dicho lo que se merece, nos largamos. No entiendo por qué diablos aquel tipo gordo y viejo nos trajo aquí.

—Ignoro lo que sería aquel tipo —dijo Tarnal—, pero nos ahorró un buen remojón. Ahora que cada vez hay más claridad, busquemos.

—Parece arquitectura románica —observó Vanessa. -

—Sí, pero tiene algo de principios del gótico —puntualizó François.

Flower dijo con disgusto:

—Yo no sé lo que será, pero me parece siniestro.

—Fijaos allí, en las paredes. Lo que hubiera, parece destruido — advirtió Lester.

—Debía ser algún signo, quizá una cruz —dijo Tarnal.

—¿Es que este monasterio no es cristiano? —preguntó Flower.

Susan, la pequeña y graciosa Susan, estimó:

—Pudo ser católico y luego se apoderaron de él los protestantes o quién sabe.

—Sí, quién sabe, porque aunque se hubieran apoderado de él los protestantes, no habrían destruido las cruces y creo que no hay ninguna por aquí.

Empezaron a buscar por la nave cuya bóveda estaba sostenida por grandes columnas.

—Es cierto, no hay cruces por parte alguna ni ningún símbolo cristiano —dijo Michael.

Con un extraño temor en su voz de inflexiones cálidas, Vanessa manifestó:

—Se dice que algunos conventos del medievo fueron ocupados por brujas y brujos que celebraban misas negras y se declaraban hijos de Satán. Esta edificación puede ser uno de esos monasterios usurpados a la fe en Dios y entregados al diablo por monjes malditos.

Todos permanecieron callados unos instantes. Al fin, el joven Chipper prorrumpió en una carcajada que pretendía ser alegre.

—Vamos, Vanessa, a estas alturas, camino del siglo XXI, no creerás

que hay brujas y brujos, ¿verdad?

—Pues yo no creo en ellos, pero les tengo cierto respeto —aclaró Clean.

—No creo que haya hechiceros —sentenció Tarnal—, sólo gentes malignas que en determinadas circunstancias pueden ser peligrosas.

—Lo que confirma que lo mejor es marcharse de aquí —insistió Clean.

—Primero buscaremos a Ilda y cuando la encontremos nos iremos.

—¿Y si está muerta? —aventuró la pequeña Susan.

De nuevo se produjo tensión en el grupo, nadie quería hablar de muerte..

El día clareaba y, aunque todo estaba lleno de agua a causa de la intensa lluvia nocturna y el cielo continuaba igualmente encapotado y amenazador, decidieron comenzar la búsqueda.

—¿Por dónde empezamos a buscar, Tarnal?

—En esta nave, aunque es muy grande, no se ve nada. Tendremos que husmear por corredores y celdas, también habrá un claustro. Este tipo de monasterios lo tenían.

La gran nave dejó de oír sus voces. A grupos, temiendo algún encuentro desagradable, cruzaron por una puerta que gruñó fuertemente a su paso.

—Por aquí no se ve nada —protestó Lester.

—Al que le pase algo extraño, que grite —pidió Flower.

—Nada pasará si estamos juntos y no nos separamos —dijo otro.

Las bóvedas seguían siendo altas, impenetrables, como constituyendo una coraza pétrea que les impidiera ver el cielo, aislándoles del mundo exterior y transportándoles al pasado. De trocar sus ropas por sayales, el tiempo habría desaparecido, los siglos-dejarían de tener importancia, porque el tiempo se había detenido en aquel monasterio perdido.

Las estancias estaban totalmente vacías y olían fuertemente a humedad. Susan lanzó un grito que los detuvo a todos, agrupándose más.

—¿Qué pasa?

—¡Una serpiente! —exclamó—, ¡Una serpiente me ha pasado por entre los pies, la he notado, era suave y repugnante, podía haberme matado!

—Habrá sido una simple culebra —gruñó Tarnal.

—¡Podía haberme envenenado!

—Las culebras no envenenan — corrigió Tarnal.

—Pero son un símbolo del diablo y estamos en un templo dedicado a él. Sólo pensarlo me estremece.

—Sabemos que han sido destrozados los símbolos, cristianos, nada, más —objetó Chipper con sensatez.

—Esto está muy silencioso, ni siquiera hay pájaros —observó Vanessa.

—Mientras no vuelva a llover —se lamentó Lester— podríamos marcharnos de aquí y buscar la carretera. Por lo menos, sabríamos dónde estamos.

—Es como si ese maldito chófer hubiera surgido del infierno —protestó Clean malhumorado—. No sé cómo fuimos tan estúpidos de meternos como borregos en su microbús

—Porque llovía. Tú fuiste uno de los primeros en subirte —le reprochó Chipper.

—Ya de nada sirve lamentarse —dijo Tarnal.

—¡ No la vamos a encontrar nunca!

—Cállate, Flower, te estás poniendo nerviosa —recriminó Michael.

Dientes frunció la nariz.

—Me huele que está en el monasterio. Si no, ¿adónde habría ido sola? Afuera había lobos, todos los oímos.

—¿No será ella misma una bruja? —se preguntó Lester en tono bajo.

—No seas imbécil, diantres —gruñó Michael—. ¿No hemos quedado en que no había brujas ni brujos, que estamos a finales del siglo XX, que los hombres ya hemos ido a la Luna?

—Sí, y de todo eso protestamos nosotros, los amantes de la paz y de las flores —replicó Lester—, pero que me aspen si los que aseguran que no creen en aparecidos ni en brujas no los temen. Me gustaría ver a cualquiera en este maldito monasterio afirmando que no hay brujos ni nada. ¿Y la campana? Ninguno de nosotros la tocaba.

—Puede haber alguien más, alguien que aprovechando la oscuridad ha raptado a Ilda.

—¿Y para qué la raptaría ese alguien? —preguntó Dientes.

—¿Será tonta? ¿Para qué quieren los sádicos y sátiros a las mujeres a quienes raptan?

Vanessa intervino:

—Vamos, vamos, nos estamos poniendo nerviosos.

—Sí, en vez de discutir como chiquillos sería mejor que siguiéramos buscando.

—¿Buscando a quién...? —preguntó Clean—. Si los aparecidos y los fantasmas pueden traspasar los muros cuando quieren.

—Vaya hippy estás tú hecho —le recriminó Chipper—. Mejor te quedabas en casa de tus papis a comer la sopa boba. Te presentas con la paz, las flores, la vida bajo las estrellas y ahora, como dice Dientes, te mojas los pantalones al primer fantasmita que sale.

—¡Ya estoy harto, harto, y si no fuera...!

—¿Por los lobos, te marcharías? —le preguntó la pequeña Susan.

—¿Quién ha dicho que sigamos buscando? Encontremos de una vez

a Ilda y, si nos ha gastado una broma, nos va a oír.

—No seas bocazas, Clean, y camina.

—Creo que lo mejor sería formar dos grupos —propuso Tarnal—. Rodearemos el claustro y así ahorraremos tiempo.

—¿Y si nos perdemos caminando cada cual por su lado? —preguntó Vanessa.

—No, rodearemos el claustro. Hay varias puertas, las abriremos todas sin abandonar el claustro, sólo hay que dar vistazos. La campana nos hace pensar que no estamos solos, puede haber algún monje solitario, un anacoreta o algún maníaco.

—O la propia Ilda, que nos gastó la broma tañendo la campana.

—Pero si ella ignoraba dónde estaba la campana —observó Dientes.

Clean, muy molesto a causa del miedo que se había apoderado de él, replicó:

—¿Quién sabe si lo sabía o no? ¿Acaso sé yo si tú misma, Dientes, conoces dónde está la campana? En realidad, ninguno sabe nada de los demás. Somos tipos estrafalarios que nos hemos ido conociendo en la carretera o en cualquier refugio sucio y maloliente diciendo que estábamos hartos de la sociedad de consumo y algunas zarandajas más, pero si nos mojamos queremos cubrirnos, si hay un automóvil subimos a él, lo que ocurre es que no queremos trabajar para pagarlo, eso es todo.

—Si pensabas así, ¿por qué te lanzaste á la carretera? —interrogó Vanessa.

—¿Y yo qué sé? Quizá es porque de puro imbécil me aburría, pero ahora me gustaría estar en otra parte.

—Sigue, Clean, ¿y quizá comiendo? —preguntó Michael.

—Pues, la verdad, siento un extraño vacío en el estómago, pero no tengo hambre, ¡no la tengo!

—No te lamentes, ya no te aburres, tienes diversión y el miedo te hace olvidar el hambre. ¿Qué más quieres, Clean?

—¡Está bien, está bien, burlaros de mí, pero los demás pensáis como yo, lo que no os atrevéis a manifestarlo ! La mayoría hemos salido a la carretera por snobismo, por la moda de hacer algo que destaque, pero el hambre nos roe la barriga, los pies se nos cansan. Olemos peor que las bestias y dormir bajo un cielo encapotado que amenaza lluvia en otoño no es nada romántico.

—Clean, si ya has terminado con tu espectáculo de | histerismo, podemos formar los grupos.

—Tarnal tiene razón.

—«Tarnal tiene razón, Tarnal tiene razón» —remedó Clean—. Tú, Vanessa, siempre dices lo mismo.

—Vendrás con Vanessa y conmigo, Clean, también Michael y

Dientes. El otro grupo lo formáis vosotros, Susan, Flower, Chipper, Lester y François.

Este último, que había permanecido bastante callado, dijo:

—De acuerdo, nos encontraremos al término de rodear el claustro.

Los dos grupos se separaron.

Tarnal se enfrentó con las puertas, algunas de ellas abiertas, ya, las otras cerradas. Mostraban capillas o dependencias que nada contenían, apenas hierros, clavos en las paredes. Incluso la suciedad que podían haber dejado hombres de paso por el monasterio, tras utilizarlo como refugio durante una noche o un año, se había descompuesto totalmente.

El moho abundaba por todas partes. Se podía oír el gotear del agua en lugares que ni siquiera veían. Las hiedras dominaban las paredes exteriores del claustro y subían enredándose por las columnas y capiteles románicos, formando gruesos brazos de hojas verde oscuro dentro de las cuales podía ocultarse cualquier animal del tamaño de un gato o un búho.

Sus pasos resonaban sobre el pavimento de los corredores. Sus voces hallaban los ecos más extraños según se apartaran o acercaran a las dependencias adyacentes.

—¿Y dónde estarán las celdas de los monjes que habitaron esto en el pasado?

—Pueden estar arriba, en el piso, o en otra ala del monasterio.

Tras Ia explicación de Tarnal, Clean, siempre nervioso, masculló:

—A mí me gustaría saber qué habrá por abajo. Los monasterios siempre tienen siniestros sótanos.

—No empieces a pensar en aparatos de tortura y otras tonterías. Por este monasterio han pasado más de media docena de siglos y todo estará descompuesto —dijo Michael.

Vanessa comentó:

—Los sarcófagos de piedra que hay suspendidos en las paredes están vacíos.

—Esta clase de monasterios, al igual que las tumbas egipcias, solían ser profanados por enemigos de los religiosos que aquí pudieran estar, también por bandidos o simples vagabundos que, al amparo de la soledad, lo profanaban todo.

—¿Tumbas violadas? Pero ¿qué iban a encontrar dentro? Apenas polvo, quizá algunos huesos enteros.

Clean gruñó:

—Podían ser muy caninos.

Tras rodear el claustro que unía las dependencias del monasterio perdido entre montes, inmerso en una vegetación húmeda y feroz, los dos grupos de jóvenes se encontraron.

—No hemos visto nada de particular, claro que algunas naves

parecían tener otras puertas que dan a lugares distintos.

—Una de ellas debe tener escalera para subir al piso y seguramente habrá una ancha terraza. Este tipo de monasterios del, final del románico y principios del gótico la tienen, y por alguna otra parte se podrá llegar también a la torre del campanario, torre que ni siquiera hemos visto y que, si mal no recuerdo en mi barniz de historia del arte, lo mismo puede estar unida a la nave principal, a las dependencias del claustro que a la cripta.

—Si hay que husmear en la cripta, no contéis conmigo —rezongó Clean.

—Sólo falta esta puerta —indicó Vanessa.

Dientes observó:

—Parece que hay luz dentro.

Hubo un movimiento de retroceso en varios miembros del grupo.

Tarnal, Michael, Chipper y François no retrocedieron. Este último rezongó:

—Si hay luz, y ninguno de nosotros la ha encendido, es que hay alguien dentro.

Clean tragó saliva. Con voz queda cuchicheó:

—Eso es que Ilda sigue gastándonos una broma.

—Pronto lo sabremos.

Tras aquellas palabras, Tarnal se adelantó hacia la puerta, abriéndola.

Los seculares goznes chirriaron de forma desagradable. Al fin quedó frente a ellos, iluminada, una pequeña estancia de algo más de veinte metros cuadrados.

—¡Nooo, es la cabeza de Ilda! —gritó Susan con todo el terror que embargaba su ser.

CAPITULO IV

Despacio, pesadamente, Tarnal, Michael, Chipper y François penetraron en aquella estancia que en el pasado lo mismo podía haber sido una especie de despacho que recoleta capilla.

Una gran vela negra, de algo más de tres pies de altura y gruesa corno el puño de un hombre, la iluminaba.

Sobre la vela, adosado al muro, había un hierro en forma de agudo garfio. A lo largo de la pared, y también en su frontal, otros ganchos semejantes, pero en el garfio situado sobre la gran vela que ardía silenciosamente, clavada por el cuello, estaba la cabeza cercenada de Ilda.

Los ojos abiertos semejaban mirarles, pero sus pupilas eran vidriosas y la boca estaba desencajada por el rictus provocado por aquella muerte atroz y violenta.

—Ha sido decapitada —-dijo Michael roncamente.

En el suelo había una gotas de sangre, muy pocas.

—Será mejor que salgamos de aquí, ya no podemos hacer nada por ella —indicó Tarnal, tan desagradablemente sorprendido como los demás.

—Apagaré la vela —dijo Michael.

—¿Para qué? —preguntó Chipper—. Después de todo, mejor que tenga una vela como cualquier muerto.

—¿Y dónde estará el resto del cuerpo? —preguntó François en voz alta.

Salieron y Tarnal cerró la puerta. Vanessa seguía bien, pero muy pálida, lo mismo le ocurría a Dientes. Flower, Susan y Clean aparecían descompuestos.

Susan ya no podía más, se acercó a la baranda del claustro y alzó su cabeza por encima de ella, bajo el arco ojival, ligeramente afiligranado con motivos vegetales.

De tener algo en el estómago, habría vomitado. La sorpresa, el susto y el terror la habían mareado lo mismo que si hubiera descendido a bordo de una *Pipper-Cherokee*, cayendo en picado y girando sobre sí misma desde doce mil pies de altura.

Flower sollozaba y Clean se despellejaba el puño golpeando contra la pared pétrea.

—En este monasterio hay algún ser maligno, algún sádico —dijo Tarnal.

—Los sádicos no se sacian con facilidad, los sádicos repiten.

—¿Será el chófer del microbús? —preguntó Vanessa—. Tenía una cara y un mirar muy extraño.

—Puede ser él —aceptó Tarnal—. Si nos trajo aquí, sería por algún

motivo. La lluvia ayudó a que corriéramos y no pudiéramos hacer ninguna clase de preguntas. Luego, desapareció.

—Lo que dice Tarnal es muy significativo —estimó Vanessa.

—Esto, que lo arregle la gendarmería o la policía alemana si es que estamos en Alemania, o quién sabe si en Bélgica o Luxemburgo. No sabemos nada de nada, sólo que rodamos bajo la lluvia y por caminos extraños. No sé si recordaréis que había muchos baches y no cruzaban autos en dirección contraria. Sólo Dios y el tipo ese saben dónde estamos —gruñó Michael.

—Creo que deberíamos rescatar el cuerpo de Ilda para sepultarlo debidamente.

—Sí —asintió Dientes—. Quién sabe lo que habrán hecho con él. Quizá su. alma quede en pena ahora, quizá hayan celebrado una maldita misa negra.

—Supersticiones, todo supersticiones —barbotó Chipper—. No nos vamos a dejar influir por el monasterio y todas esas hipótesis que hemos elucubrado partiendo del miedo que nos embarga. Sólo es un sádico al que podemos atrapar y dar su merecido.

—Eso tiene que hacerlo la policía que corresponda al lugar donde nos hallamos. Tenemos que buscar la población más próxima para denunciar este horrible crimen —insistió Clean con voz temblorosa.

—Lo que Clean propone es lo más sensato —medió François—. Debemos dar parte a la policía y ella se encargará de rastrear al asesino y encontrar el resto del cuerpo de Ilda. Este monasterio es grande, y la búsqueda podría ser dificultosa. Además, la policía dispone de perros para rastrear.

—Salgamos de aquí —pidió la temblorosa Susan, volviéndose hacia los demás con el rostro descompuesto.

Se alejaron de la puerta tras la cual hallaran el macabro espectáculo. Todos parecían tener prisa por regresar a la gran nave cuadrilobulada donde habían quedado sus cosas, entre ellas la guitarra de Tarnal, aunque no el magnetófono a cassette, del que no se desprendía.

Seguía sin llover, pero el cielo permanecía encapotado. El día podía haber resultado luminoso, sin embargo los gruesos y amenazantes nubarrones filtraban la luz justa para separar el día de la noche.

Todos miraban en derredor desconfiadamente, hacia las paredes, hacia las puertas cerradas o abiertas. Temían que en cualquier instante pudiera salir él o los asesinos de Ilda, y la forma en que se había cometido el crimen revelaba malignidad y un desprecio total y absoluto hacia los principios más básicos de la conciencia humana.

A la luz que penetraba por las altas ventanas de punta de arco, distinguieron bien la pesada mesa del altar, sostenida por dos columnas del mismo granito en que estaba cincelada la losa que

formaba la mesa y, detrás, la tradicional silla tallada del obispo.

Tarnal observó:

—Todo parecería normal si no hubiera sido borrado de este monasterio todo símbolo cristiano que señale la presencia de Dios. Debería haber un retablo o una cruz; sin embargo, se ha conservado el altar y la pesadísima silla del obispo, ambos cincelados en granito y, posiblemente, porque se utilizaban para cualquier tipo de ritos o ceremonias, sean de la religión que fueran,

—¿Crees de veras que pudo ser ocupado por alguna secta maldita que hubiera hecho voto de servir al diablo? —preguntó Dientes abiertamente.

—Podría ser; además, incluso hay algo significativo.

—¿Y qué es? —preguntó Lester con cierto tono burlón.

—Que la nave es cuadrilobulada.

—Bien, Tarnal, prosigue con tu erudición y dinos qué significa eso de cuadri... Io que sea

—Las ríales principales de los monasterios de este tipo, generalmente están construidas en forma de cruz, es decir, que el piso de la nave constituye de manera más o menos perfecta una cruz. Con un cincel se puede arrancar una cruz de la pared o de una pesada columna, pero no puede hacerse lo mismo con la cruz que forma la propia nave, porque equivaldría a echar todo el monasterio abajo. Esa cruz mira al cielo e indica, va desde el principio, que el recinto ha sido ofrecido a Dios,

—Ahora entiendo —aceptó Lester con su arrastrado acento cockney (Acento propio de los barrios populares de Londres) —. Este piso no forma cruz alguna y, por lo tanto, escapa a esa supuesta protección contra los también supuestos servidores del diablo.

—Exactamente. Si algún monasterio, tras haber sido arrancado a la fe cristiana, puede ser utilizado por seres fanáticos y pervertidos, es precisamente uno de esta forma.

—Ya está bien de perder aquí el tiempo estando al alcance de uno o varios fanáticos —protestó Clean—. Vámonos.

El grupo recogió sus cosas Tarnal tomó su guitarra y dejando las cenizas de la pequeña fogata encendida en mitad de la nave, se dirigieron hacia la puerta, saliendo al exterior.

Pisaron el suelo, cubierto por una gruesa alfombra de césped verde oscuro, y caminaron hacia aquella especie de muro vegetal que circundaba el monasterio.

Frente a ellos había una abertura entre las tuyas que crecían sin recortar, pero que resultaban sumamente espesas y por entre las cuales no podía ni pasar el aire.

-Aquí hay un camino entre los arbustos —señaló -Françoise.

Sin siquiera divisar la torre del monasterio, debido a la altura de

las tuyas, se encontraron con otra abertura en el seto.

—¿Cuál escogemos? —preguntó Chipper dubitativo.

Tarnal señaló una de las puertas del muro vegetal que a simple vista semejaba impenetrable.

Pasaron a otro camino idéntico al anterior y por él anduvieron hasta que Tarnal se detuvo mirando la hierba.

—¿Qué pasa? —preguntó Clean.

—Aquí veo una deposición de perro.

—¿Podría ser de un lobo? —inquirió Vanessa.

—Sí, son de la misma familia.

—¡Son los lobos y pueden atacarnos en cualquier momento!

—Vamos, Clean, no seas imbécil, tira adelante —exigió Lester.

—Sí, eso, camina. Antes, tanta prisa por escapar y ahora se te han pegado los zapatos a esta hierba que nos empapa los pies.

El grupo de *hippies*, sucios y malolientes, siguió avanzando.- Hallaron otra abertura. Había que decidir seguir adelante o pasar a otro corredor entre la barrera de tuyas, idéntica a las anteriores.

Tarnal se detuvo. Frunció el ceño gruñendo:

—Esto es una trampa.

—¿Quieres decir que esta vez hay que seguir a lo largo del camino y no pasar por esa especie de arco? —inquirió Chipper.

—Lo que trato de decir es que esto es un laberinto y, a juzgar por su anchura, será enorme, tan enorme que con un poco de mala suerte podemos pasarnos aquí dentro todo el día, yendo de un corredor a otro sin hallar la salida.

Todos comenzaron a inquietarse. Al parecer, no era tan sencillo escapar del monasterio perdido y de su maligno influjo.

—Todo eso son tonterías, Tarnal. Aunque sea un laberinto, podemos salir de aquí, sólo hay que decidirse —opinó Lester.

—Considero que hay que salir de aquí, pero con cuidado, razonando y con algún método. De lo contrario, si avanzamos al azar, estaremos dando vueltas por entre esos muros verdes sin encontrar la salida.

—Pues hay una manera más fácil de salir —dijo Lester, de reacciones más primitivas que el resto de sus compañeros.

Lester se dispuso a atravesar el muro de altas y recias coníferas, mas, de pronto, lanzó un grito de dolor.

Tarnal tiró de él y las manos de Lester aparecieron ensangrentadas. La visión de la sangre asustó a las chicas y molestó a todos.

—¡Malditos hijos de perra, han llenado el interior de los arbustos con alambres de espino! —rugió Lester con las manos heridas.

—Ya os he dicho que me parecía una trampa. Este laberinto no es algo perdido en el tiempo, está hecho exprofeso para que quien desee penetrar en el monasterio o salir de él tenga muchas dificultades.

—Pero, por muchas vueltas que demos, una vez u otra hallaremos la salida —dijo Vanessa.

—Es posible, pero mientras puede que se nos haga de noche y quizá es lo que pretenden, obligarnos a pasar otra noche ahí dentro, bajo las bóvedas de ese siniestro monasterio románico con influencias góticas. Ni siquiera su arquitectura es pura.

—¡Yo no paso otra noche aquí! —gritó Clean.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Dientes.

—Irme, aunque vosotros os quedéis.

Clean corrió escapando por la abertura entre los arbustos. Todos quedaron quietos unos instantes, indecisos, sin saber qué hacer.

En aquellos momentos, hasta el grupo llegó clara; mente un grito, casi un alarido, pues el terror se adueñó de quien acababa de lanzarlo, un grito que les horrorizó v erizó los pelos.

—Es Clean —dijo Vanessa con voz ahogada.

CAPITULO V

Tarnal lúe el primero en cruzar aquel paso entre los espesísimos arbustos. François le siguió._ Lester continuaba con ' las manos heridas y las chicas quedaron como atenazadas por el terror, como si en sus pies hubieran crecido raíces que, tras introducirse por la mojada hierba, hubieran penetrado en la tierra húmeda, impidiéndoles cualquier movimiento.

Clean estaba en uno de los corredores formados por las altas tuyas, nacidas casi pegadas unas contra otras, apenas quince centímetros entre tronco y tronco. Sus ramas se unían, formando un entrelazado natural casi insalvable. Además, estaban los alambres de espino que habían detenido a Lester y costado heridas en sus manos.

Frente a Clean había varios lobos, mostrando sus poderosas mandíbulas, sus' colmillos fuertes y agudos, los ojos encendidos como carbones.

Un macho que podía ser el jefe de la manada estaba delante, dispuesto a saltar sobre Clean y degollarle a la primera dentellada.

—¡Atrás, Clean, atrás! —exclamó Tarnal.

Clean retrocedió en el preciso instante en que el lobo macho y grande daba el mortífero salto con las fauces abiertas, mostrando la oscuridad cavernosa de su cielo bucal y la rojez de su lengua.

Tarnal, que carecía de armas, se adelantó blandiendo su guitarra para salvar a Clean de una muerte segura.

Pese a su liviandad, golpeando con el canto, la guitarra dio en la cabeza del gran lobo de piel gris y sucia que, revolviéndose en el aire, cayó pesadamente al suelo.

Clean echó a correr sin detenerse para dar las gracias.

La fiera caída se revolvió para saltar sobre el hombre que la derribara, pero éste tornó a golpearla con la guitarra, destrozándola. Parte de las maderas quedaron entre las poderosas mandíbulas del furioso animal, mientras sus congéneres gruñían amenazadores, dispuestos a abalanzarse contra Tarnal.

—¡Vamos, Tarnal, o nos despedazarán!

Asiendo la destrozada guitarra por el nervio de los trastes, Tarnal retrocedió sin darles la espalda.

Los lobos gruñían mientras avanzaban. El jefe macho lo hacía más recelosamente tras haber sido golpeado en sus dos intentos de ataque.

Pasaron al otro corredor. Tarnal pidió:

—Hay que retroceder. Los lobos nos cierran el paso por el laberinto.

El miedo inmediato a aquel grupo compacto de media docena de lobos, les hizo salir corriendo del laberinto. Tarnal les siguió.

Ya en la explanada, fuera de los pasillos del laberinto, corrieron hacia el monasterio.

Tarnal advirtió:

—Esos lobos, si no amaestrados, sí, están condicionados.

—¿Para qué? —le preguntó François mirando hacia la entrada del corredor, donde se habían detenido las fieras.

—No salen del laberinto, parecen condenados a vivir dentro de él sin osar acercarse al monasterio, como si tuvieran miedo a alguien o a algo.

—Tienen miedo a la maldición del monasterio —gruñó Clean cuyos dientes todavía le castañeteaban de miedo.

—No hay maldiciones, sólo un monasterio convertido en ratonera, lo malo es que nosotros somos los ratones. Lo que me gustaría saber es quién ha preparado la ratonera.

Sin dejar de mirar hacia los lobos detenidos a la entrada del laberinto, caminaron hacia la puerta principal del monasterio.

—Si los lobos no salen del laberinto y este espacio abierto les está vedado o lo temen, aquí nos sentimos a salvo y prefiero estar aquí afuera, con los nubarrones por techo, que dentro de la nave —dijo Susan.

Tarnal miró a los demás preguntando:

—¿Estáis de acuerdo con lo que propone Susan?

—Sí, es mejor permanecer aquí —dijo Vanessa mirando con recelo la puerta del monasterio,

—¿Y qué ganamos con estar aquí si no podemos escapar, si esos lobos nos cierran la salida? —inquirió François.

Chipper objetó:

—Esas fieras conocerán muy bien el laberinto y prácticamente nos sería imposible atravesarlo teniéndolos a ellos delante. Como ha dicho Tarnal, podríamos estar perdidos todo el día dentro y no lograríamos contener a los lobos durante tanto tiempo.

—Si poseyéramos armas, podríamos hacerles frente, acorralarlos hasta llegar a la salida del laberinto.

Clean se quejó:

—¡Somos amantes de la paz y no tenemos armas!

—¿Alguien posee una navaja, por lo menos?

—Yo tengo una —dijo François—, pero no es muy grande y tiene la punta rota.

—Creo que servirá si hallamos una vara o rama un poco larga. Atándola a la punta con una de las cuerdas de mi guitarra, podremos utilizarla como lanza y, si los lobos nos atacan, siempre podremos enviar a alguno al infierno.

—Entonces, será bueno buscar esa arma para defendernos —manifestó François.

—Yo no creo que con un arma tan primitiva logremos salir vivos de ese laberinto donde los lobos aguardan para despedazarnos. Aquella bestia sanguinaria por poco me degüella.

—Quizá haya una forma de escapar.

—Atravesando en línea recta los espesos arbustos, no —socarroneó Lester mirando sus manos heridas.

—En este monasterio hay un campanario. Si subimos a él, desde lo alto veremos todo el laberinto y el camino que conduce a la salida. Trazaremos un pequeño mapa v luego sólo será cuestión de correr, lo que nos llevará apenas unos minutos.

—La idea de Tarnal me parece buena —expuso Ía rubia Vanessa.

—Sí, desde lo alto de la torre del campanario - se verá todo el laberinto por delante y detrás del monasterio. Estoy contigo, Tarnal —dijo Chipper.

Todos miraron hacia el monasterio. El cielo seguía encapotado y estaba llegando la niebla, empujada por un viento suave. La niebla se algodonaba alrededor del campanario para luego estilarse hacia el sur, pero la torre, de forma octogonal, con ventanas de ojiva a distintas alturas seguramente para iluminar la escalera interior, aparecía con un aspecto fantasmal, tan siniestra como el resto del edificio.

—Tarnal tenía razón —dijo Dientes—. Fijaos, ni una cruz o símbolo, tampoco en la torre.

El euroasiático Chipper objetó:

—Mientras la niebla no impida ver el laberinto.

—Busquemos la forma de llegar hasta la torre —propuso François —. Aquí afuera no hacemos nada. No saldremos de este lío si nos quedamos quietos, y la policía debe ser avisada. Hay que denunciar el siniestro crimen que han cometido contra lida.

—Quizá no sea necesario penetrar de nuevo por la puerta principal, puede haber alguna otra puerta —observó Susan.

Rodearon el monasterio, descubriendo una pequeña puerta. Todos quedaron indecisos unos momentos y luego corrieron hacia ella.

Pese al transcurso de los siglos, la puerta seguía fuerte, resistente, pero estaba abierta y franquearon su umbral fácilmente.

La estancia estaba iluminada por unas ventanas altas. No era muy grande y tenía un amplio hogar, por lo que Tarnal supuso:

—Esto podría ser la cocina del monasterio.

Había una mesa que consistía en gruesos tablones de madera de caoba sostenidos por pilares de piedra. Sobre ella, unas cajas de cartón que todos observaron con suspicacia y mucha atención.

—¿Qué puede haber ahí dentro? —preguntó Flower..

—Si las abrimos lo sabremos.

—¿Y si está el cuerpo de...? Bueno, Lodos pensamos lo mismo, ¿no?

Tras que Susan expresara su nerviosismo, Tarnal soltó sobre la mesa los restos de su guitarra y abrió una de las cajas. Miró su interior y fue sacando lo que encontraba, depositándolo sobre el tablero.

—¡Latas, son latas! —exclamó Clean.

Chipper, contento, lomó una de carne y comentó:

—Por lo visto, no nos vamos a morir de hambre.

Las restantes cajas fueron abiertas con avidez. En todas ellas había comida; galletas, carne, verduras preparadas y hasta encontraron dos inofensivos abrelatas y pan de lujo envasado en plástico.

Tamal, ceñudo, se preguntó en voz alta:

—Sería interesante averiguar si esta comida es para é! o los asesinos o la han traído para que terminemos encontrándola nosotros y podamos alimentarnos sin riesgo a morir de inanición o que por pura hambre tratemos de escapar como locos de aquí.

—No sé por qué será, pero tenemos comida para un mes.

—Sí, pero no hay cuchillos, ni siquiera cucharas o tenedores que pudieran servirnos como armas.

—Sea lo que fuere, tenemos comida y yo tengo hambre —dijo Chipper.

—Yo no podría comer ahora, no me sentaría bien —denegó Susan.

Chipper, malintencionado, preguntó:

—¿No quieres un poco de carne?

—Vamos, Chipper, déjate de bromas macabras —le pidió Dientes, que tenía mucha energía.

—Todo está enlatado o precintado, parece que no estaría de más alimentarnos bien antes de intentar la huida. Quedan muchas horas de día y debemos estar en forma si hemos de caminar mucho. Ignoramos totalmente dónde nos trajo el tipo del microbús.

Vanessa, que escrutaba los rincones de la estancia, descubrió algo en el suelo que llamó su atención. Se inclinó para recogerlo y lo atenazó entre sus manos. Flower, que estaba cerca de ella, se volvió para decirle algo, descubriendo de forma clara y visible lo que acababa de encontrar Vanessa.

La pelirroja Flower ya no pudo más. Lanzó un grito y se desplomó pesadamente.

CAPITULO VI

—¡Vanessa! —espetó Tamal.

—Siento lo de Flower, pero la he encontrado en el suelo.

Todos miraban aquella careta de látex, todos recordaban aquel rostro, mas nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Al fin, la propia Vanessa murmuró:

—Es la cara del chófer del microbús.

—Lo que indica que deseó ocultarnos su verdadera identidad —observó Tarnal.

Clean farfulló nervioso:

—También quiere decir que él ha traído estos alimentos y que tiene mucho que ver con este maldito monasterio.

—Como encuentre a ese tipo, le aprieto el cuello hasta que saque las tripas por la boca —masculló Lester.

—Eso es obvio. Si nos trajo aquí y ahora ha dejado esta comida, es que él debe saber el porqué del asesinato de Ilda, el porqué de su decapitación que parece ritual.

Michael dejó su zurrón sobre la mesa. Al abrirlo, asomó su látigo de cuero de siete colas. Todos los ojos se clavaron en él y Clean exclamó:

—¡Michael, tú también eres un sádico!

—No digas bobadas, es un *souvenir*.

—Tendrás que admitir que es un *souvenir* muy poco gracioso —objetó Chipper.

Michael fue observado con recelo y suspicacia. El látigo lo delataba como alguien a quien le gustaba lo morboso.

—Lo compré en un sex-shop de Pigalle, en París.

—Es verdad, yo estaba con él —dijo Dientes.

—Y yo también —corroboró Vanessa—. Fue una tontería por su parte, se lo dijimos, y el dinero que tenía se lo gastó en ese látigo.

—¿Y a quién pensabas flagelar con él? —preguntó Chipper,

—A nadie. Admito que fue un absurdo comprarlo, pero son tonterías que a veces hacemos por capricho. ¿No pregonamos que somos libres? Entonces, ¿por qué diablos no puedo comprar un látigo de siete colas o cualquier otra bobada si en un momento dado se me antoja?

—Todos desearnos hallar a un culpable y el látigo de siete colas centra nuestra atención en Michael, pero debemos ser más consecuentes —dijo Tarnal con gravedad—. Michael no se ha separado de nosotros en ningún momento, por lo tanto no ha podido decapitar a Ilda 'ni, por supuesto, hacer desaparecer su cadáver.

—Pero ¿estáis locos, es que acaso me estáis juzgando?

—Cálmate, Michael, estás muy nervioso. Nadie te acusa, sólo que eres morboso, eso no puedes negarlo. A otro no se le ocurre comprar un instrumento de tortura medieval como ese látigo de siete colas —-le apaciguó Dientes.

Tarnal dijo:

—Lo que importa ahora es saber quién es el chófer del microbús y por qué ocultó su verdadero rostro.

—¿Sería alguien conocido por alguno de nosotros? —preguntó Susan.

—Quizá,

—Tarnal, ¿te acuerdas de aquel tipo que se mató en su automóvil? —le preguntó Michael.

—Sí.

—Me dio la impresión de que lo conocías.

—Sí, lo conocía, pero al chófer del microbús os doy mi palabra de que no.

—Quizá alguno de nosotros sabe mucho de todo esto y está callando —dijo Dientes escrutando todos los rostros en busca de la verdad.

—Sólo falta que comencemos a sospechar de nosotros mismos —gruñó François—. El pánico nos hará cometer estupideces, y a río revuelto, ganancia de pescadores, ya me entendéis.

-Quizá fuera un solo asesinato lo de Ilda y ella fue la víctima elegida entre todos nosotros.

—Vanessa, eso es hacerse demasiadas ilusiones. ¿Por qué impedirnos la salida entonces, a qué viene esta comida aquí? Parece que quien la ha traído ha pensado que íbamos a quedarnos unos días en el monasterio y necesitaríamos comer.

Lester abrió un paquete de pan, y tomando un pedazo del mismo, empezó a morderlo.

—Comiendo se pasa el miedo, ésa es mi opinión. Alguien podría comenzar a abrir latas, llevo algunos días comiendo pan a secas y, si hay comida, prefiero aprovecharla.

—Lester tiene razón, será mejor que comamos.

Mientras, Susan y Dientes se habían preocupado de reanimar a Flower, que abrió los ojos con verdadero pánico reflejado en ellos.

-¡Quiero irme de aquí, quiero-irme de aquí!

—Calma, Flower, calma, primero hay que comer —dijo Chipper animoso.

Susan y Flower no probaron bocado. Vanessa, escasamente, lo suficiente para no marearse de hambre. Dientes tuvo más apetito y los hombres comieron todos.

Clean mascaba con avidez, como si con ello se tragara el terror que sentía. No se borraba de su mente la imagen del lobo dispuesto a

atacarle.

Bebieron agua embotellada y cervezas en bote.

Tarnal se había guardado la careta de látex en el bolsillo y, durante una hora, nadie habló sobre lo que sucedía, sobre la muerte, el misterio y el terror en que se hallaban inmersos. Había sido un pacto tácito que todos se esforzaban por cumplir.

Se sentaron por el suelo, cerca de la mesa, ya que no había bancos ni sillas. Tarnal lo hizo junto a Vanessa. La joven le atraía.

—Creo, Tarnal, que un poco de música no nos iría mal ahora.

Tarnal pulsó una tecla de su grabadora y el silencio del monasterio perdido se vio roto por una pieza musical de Donovan.

La música agradó pese a que el volumen era alto. Tarnal no hizo nada por rebajarlo moviendo su control, y tampoco nadie le pidió que lo hiciera.

—Tienes buena música en tu trasto —comentó Chipper.

—Sí, la mayoría de estas piezas son genuinas. No han sido grabadas de disco sino de recitales en directo de Bob Dylan, Donovan, Wilson Picket y otros.

La música semejaba romper el maleficio del monasterio, mas Tarnal no se engañaba; sabía que sólo era un lapsus. Afuera aguardaban los lobos y dentro del monasterio, uno o varios sádicos asesinos.

—¿Cuánto tiempo hace que escogiste la doctrina de Timothy Leary? (Fundador del movimiento *hippy*. Predicó la liberación espiritual) —preguntó Tarnal junto a Vanessa. Su tono era grave, íntimo.

—He de confesar que es mi primera salida a la carretera.

—Pues has comenzado bien...

Vanessa respiró hondo. Juntó sus rodillas dobladas y sosteniéndolas con sus manos, entrelazando los dedos por detrás de las mismas, explicó:

—Estaba en un colegio suizo. Tuve una oportunidad y la aproveché.

—¿Y cuál fue esa oportunidad?

—Entrar en el despacho de dirección. Cogí mi pasaporte, mi dinero y me marché saltando el muro. No fue fácil, por supuesto, pero lo conseguí. Después, tomé un tren y aparecí en París. Allí, todavía no sé cómo, me hice amiga de Dientes y Michael.

—Luego, ellos le propusieron la fuga en el maletero del autocar italiano.

—Sí, y aquí estoy. Ahora que lo he vivido un poco, creo que no tengo alma de *hippy*. Las teorías de Leary, escritas, están muy bien, pero llevadas a la práctica, bueno, creo que a todos no nos gustan. El mundo en que vivimos hay que aceptarlo como es, mejorarlo en lo

posible, pero el progreso social es irreversible e inútil rebelarse totalmente.

—¿Te prestó los libros de Leary alguna amiga tuya?

—Sí, se puso muy de moda dentro del colegio. Hubo otra chica que se escapó antes.

—Pero tú no eres suiza.

—No, soy norteamericana, de Connecticut. Mis padres están divorciados y el juez me puso bajo la tutela de mi padre. No quiero saber por qué culpabilizaron a mamá de la separación y tampoco me interesa. Papá es un hombre importante, gana mucho dinero como ejecutivo y siempre está viajando. Por eso me internó en un colegio y en Suiza todavía es más elegante.

—¿No te sentías a gusto en el colegio?

—No, no me gusta permanecer encerrada. Tengo veinte años y en Estados Unidos a los dieciocho se es mayor de edad. Por lo tanto, tengo perfecto derecho a elegir mi vida.

—¿Escribiste a tu padre?

—Sí, lo hice, pero sólo Dios sabe cuándo llegará la carta a sus manos, ya que siempre está viajando. No espero respuesta.

—Y después de esta aventura, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé todavía, pero lanzarme a la carretera para dormir bajo las estrellas, te prometo que no, y menos en otoño.

—Sí, no es el tiempo más idóneo. Eso se puede hacer en California, España, Grecia, Turquía o en los países donde el sol brilla incluso en invierno, pero por Francia, Alemania o el Benelux, ni pensarlo, y mucho menos en el Norte. No es fácil contemplar las estrellas.

Vanessa suspiró.

—Sí, admito que una cosa son los ideales y la otra las realidades, las necesidades inmediatas. Hablas como de vuelta de todo y, sin embargo, estás aquí como yo. ¿De veras crees en este tipo de vida?

Tarnal se encogió de hombros antes de responder.

—¿Y hace falto creer en lo que se hace cuando se hace?

—Si se desea ser libre, sí.

—No soy de los que creen fácilmente en la libertad. La libertad es algo muy difícil de obtener. Todos dependemos de los demás de forma más o menos directa. Creo que la libertad resulta todavía más utópica que la felicidad.

—¿Y no será la libertad la felicidad?

—Para unos sí, para otros no.

—¿Eras estudiante antes de abandonarlo?

—¿Para qué hablar de mí?

—Tú, al lanzarte a la carretera, tenías un objetivo concreto. ¿No es cierto?

—Quizá.

—¿Experiencias?

—Podría ser.

—No seas tan ambiguo. ¿Acaso tienes aficiones literarias y deseas escribir algo sobre los *hippys*? Por eso te has traído el magnetófono, ¿verdad?

—Si pulsas el *cassette*, comprobarás que toda la cinta que hay dentro está impresionada.

—Se puede grabar sobre la música.

—Sería una lástima perder canciones tan interesantes. Me costó mucho obtenerlas,

—Está bien. No sé por qué he sido sincera contigo si tú no confías en mí.

—Verás, es que me hablaron de una chica.

—¿Tu novia?

—No, ni siquiera la conozco. Me advirtieron que posiblemente se había cambiado de nombre,

—¿Y por qué la buscas, por alguna recompensa o tienes algún interés muy particular?

Tarnal evadió una respuesta directa.

—Es rubia, vi una fotografía de años atrás y sólo sé que tiene una cicatriz horizontal en el brazo derecho, a la altura del hombro. Fue un enganchón un poco grave que tuvo de pequeña, jugando en un artilugio infantil de un parque público.

—De modo que te haces pasar por *hippy* para encontrar a esa chica.

—Vanessa, confío en ti. Los dos estamos hechos un asco, pero ahora que los demás no nos oyen bien por la música, aclaremos que ni tú ni yo pertenecemos a este mundo.

—¿Quién eres en realidad?

En aquellos momentos, Lester se puso en pie diciendo:

—Es hora ya de averiguar cuál es la salida. Es mejor largarnos a buscar a la policía para contarle lo que ha ocurrido aquí antes de que llegue la noche.

Tarnal se incorporó, desconectando el magnetófono.

—Podemos dejar todo esto y dirigirnos a lo alto del campanario, claro que con que subiéramos dos sería suficiente.

Todos se miraron entre sí, incluso Vanessa que se había quedado con una pregunta sin respuesta.

Se pusieron en movimiento hacia la puerta, nadie quiso arriesgarse a permanecer en la cocina. Preferían ir agrupados para subir al campanario y comprobar por sí mismos cuál era la salida del laberinto que les cercaba.

CAPITULO VII

Abandonaron la cocina.

Por una puerta que daba al interior pasaron a una nave que también poseía un gran hogar y que podía haber sido el primitivo comedor. De allí, sorprendentemente, salieron al claustro solitario, con caída de gotas de agua quejumbrosas por las gárgolas y feraces hiedras que envolvían los capiteles, haciéndolos desaparecer en algunos casos.

Nadie pudo evitar mirar hacia las puertas que permanecían cerradas y que en aquellos momentos eran tres. Tras una de ellas estaba la cabeza de Ilda, iluminada por una gruesa vela negra.

El pensamiento de volver a encontrarse con ella les detuvo, pero Tarnal avanzó resuelto.

—Hay que localizar la escalera que sube a la torre, y si nos quedamos aquí no la hallaremos.

Pedazos de niebla se estiraban hacia abajo por el tejado del claustro. Era una niebla fantasmal que deseaba introducirse, adueñarse del patio porticado.

Buscaron en algunas de las puertas abiertas sin hallar la escalera ascendente hasta que al fin se enfrentaron con una puerta cerrada. Las chicas volvieron sus cabezas y Clean masculló:

—Si está ahí dentro lo que tú sabes, cierra en seguida.

Tarnal empujó la puerta. Había una pequeña estancia y, al final, otra puerta que se abría a la izquierda.

Cruzó el umbral para averiguar lo que había en la segunda puerta.

—Vamos, valientes, adelante para escoltar a Tarnal. ¿O es que pensáis dejarlo solo? —preguntó Vanessa.

Todos abandonaron el claustro cuando ya Tarnal llegaba al final de la estancia y decía:

—Aquí hay una escalera. Cuidado, que no tiene baranda.

Subieron por ella, saliendo a una amplia terraza que se hallaba sobre el claustro tras rebasar el piso.

La niebla trataba de envolverlos. Dientes señaló la torre octogonal que había frente a ellos y que tenía una puerta que daba a la azotea, una puerta de madera cerrada con un cerrojo de tamaño considerable.

—Bien, ahí está la torre del campanario. ¿A qué esperamos? —preguntó Michael.

Se dirigieron a la torre. Tarnal descorrió el cerrojo y propuso:

—Podemos formar dos grupos. Uno, que se quede aquí, abajo y el otro que suba.

—No, subiremos todos —dijo Clean nervioso—. Dividirnos es lo peor que podríamos hacer.

—Está bien, como queráis.

Tarnal delante y, siguiéndole Vanessa, se introdujeron en la torre. La escalera se iniciaba allí, ya que había una pequeña baranda y luego el vacío que debía dar sobre lo que constituía el altar de la nave principal del monasterio.

La altura era considerable. Por allí debían pender las cuerdas que harían tañer las campanas en lo alto, accionadas desde la propia basílica.

La escalera era de caracol, iluminada a trechos por angostas ventanas de ojiva por las que no pasaba un ser humano.

Al fin, llegaron a lo alto de la torre octogonal, cubierta por una bóveda de cañón seguido.

Ocho columnas resistentes sostenían la bóveda del campanario. Cruzándola, gruesos troncos carcomidos, embreados quizá siglos atrás.

—Miremos el laberinto —pidió Lester.

Como no pudiendo dar crédito a lo que veía, Vanessa musitó:

—Si no hay campanas...

Tarnal frunció el entrecejo y gruñó después;

—Oímos campanas y, sin embargo, no hay campanas.

Todos se quedaron mirando los troncos donde debían colgar las campanas. Tampoco estaban entre las columnas.

—Eso es que utilizaron un truco para hacernos creer que doblaban a muertos y no hay campanas —dijo alguien.

—¿Nos estamos volviendo locos o pretenden volvernos locos? —preguntó François.

Clean, fuera de sí, gritó:

—¡Quiero marcharme dé aquí aunque sea volando!

Tarnal arrojó el magnetófono a Vanessa. Esta lo cazó al vuelo a tiempo para que Tarnal Se interpusiera en la loca carrera de Clean, que pretendía lanzarse al vacío y acabar con el terror que le inspiraba pasar más I horas en aquel monasterio perdido.

Clean arremetió contra Tarnal con intención de tirarlo también al vacío, pero éste se agarró a .una de las columnas y luego propinó un puñetazo a Clean, lanzándolo al suelo..

François y Chipper se apresuraron a agarrarlo por los brazos. Clean gritaba enloquecido tratando de desasirse. Tarnal se le acercó, abofeteándolo con dureza hasta que Clean prorrumpió en un sollozo.

—Soltadlo —pidió Tarnal.

—¡Quiero irme de aquí, quiero irme! —chilló doblando sus rodillas hasta clavarlas en el duro suelo del campanario.

—Lo siento, Clean, debía hacerla. Todos queremos salir de aquí, pero lo haremos cuando se pueda. Si hubieran podido hacernos daño a todos juntos, ya lo habrían hecho. Al parecer, formando grupo,

ofrecemos una gran dificultad al o a los asesinos. Conservémonos unidos y venceremos.

Clean se calmó y todos se dirigieron a las barandas de piedra que unían las columnas por su base.

—¡Maldita niebla! —farfulló Lester.

—Aún se puede ver algo. Mientras no baje más la niebla —observó Dientes.

Tarnal comenzó a escrutar lo que tenía frente a él.

A lo lejos no se veía casa alguna, sólo bosques, ni siquiera carretera fácilmente distinguible. El laberinto aparecía ante ellos siniestro y amenazador y, detrás, un muro alto y grueso que circundaba el propio laberinto.

—Ese laberinto parece insalvable —opinó Susan.

El cabello pelirrojo de Flower se agitó negativamente.

—Yo tampoco veo la forma de salir.

—Pues tiene que haberla. Si entró el microbús, es que hay algún medio para atravesar ese maldito laberinto que ahora apenas se ve a causa de la niebla.

—Y también a que no ha sido podado en muchos años —observó Chipper.

—Creo que ni el laberinto ni el muro que lo cerca son del tiempo de la construcción del monasterio.

—¿Y quién ha sembrado esos malditos setos y ha levantado la pared?

No había respuesta para la pregunta de Lester.

—Sólo Dios y el diablo lo saben —gruñó Chipper sombrío, perdida su jovialidad.

—Alguien ocupa este monasterio desde hace años, aunque no sea fácil averiguar su verdadero escondite, porque las estancias aparecen abandonadas y sin huellas humanas.

—Pueden vivir en la cripta —dijo Flower nerviosa—. ¡ Quién sabe qué clase de seres pueden ser!

—Es preferible no empezar a nombrar toda la serie de monstruos al uso que ha inventado la literatura de terror —opinó Tarnal.

—Hemos subido aquí porque has dicho que veríamos mejor el laberinto —acusó Chipper.

—Sí, pero la niebla no permite verlo bien, aunque debe haber una salida. Si el microbús entró, también tuvo que salir, y ese camino es el que nos iría bien encontrar.

—No propondrás ir abajo ahora y buscar en la niebla las posibles huellas de los neumáticos, después de haber caído tanta lluvia, ¿verdad? —le preguntó Chipper irónico.

—No sería mala idea rastrear abajo.

—¿Y el microbús no podría estar escondido dentro del propio

monasterio? —inquirió François.

—¡Mirad, mirad allí! —gritó Lester de pronto.

Todos se acercaron para mirar hacia el exterior.

Abajo, ante la abertura del muro vegetal por la que -intentaran escapar, había un monje encapuchado con hábito hasta los pies y un cordón negro alrededor del cuerpo.

Permanecía con los brazos cruzados frente al monasterio y la cabeza inclinada, por lo que no podían ver su rostro.

—¡Asesino, asesino, te atraparemos! —gritó Lester—. ¡Te atraparemos!

El monje levantó la cabeza para mirar hacia lo alto del campanario, desde donde los hippies le estaban viendo a su vez, pequeño sobre la hierba, pues la altura era considerable.

Flower y Susan giraron rápidamente la cabeza. Clean quedó como anonadado y los demás, por unos instantes, no supieron qué hacer ni qué decir.

Al fin, Vanessa exclamó:

—¡Es una calavera, una calavera viviente!

Aquel espectro les observó fijamente desde el fondo de sus cuencas vacías. Su boca desdentada semejaba sostener una risa tétrica, desafiante y burlona.

Vanessa también tuvo que cerrar los ojos.

—¡Sabemos que usas caretas! —le gritó François.

El monje, sin descruzar los brazos, les dio la espalda y se internó en el laberinto caminando despacio.

—¡Los lobos van a despedazarlo! —gruñó Chipper.

—No creo —dijo Tarnal—. Si es él quien ha encerrado a los lobos en ese laberinto para que impidan el paso a cualquier persona, esas fieras pueden temerle. Quién sabe si en estos momentos están encerrados en alguna jaula o aposento desde donde no puedan atacarle.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Vanessa.

—Ir a buscarlo, hay que atraparle. Si está avanzando quizá sea la posibilidad de que en estos instantes esas fieras estén a buen recaudo.

Tarnal el primero, y siguiéndole los demás, bajaron precipitadamente por la escalera de caracol hasta llegar a la puerta, lugar donde la escalera estaba más oscura por hallarse la primera ventana tres metros más arriba.

Tarnal empujó la puerta Esta no cedió e intuyó lo peor.

—¿Qué pasa, Tarnal, por qué no abres? —inquirió Clean nervioso.

Tarnal cargó contra la puerta, pero sólo crujió su cuerpo; la madera siguió sin ceder.

—Parece que la han cerrado por fuera mientras estábamos arriba —gruñó Tamal disponiéndose de nuevo a la carga cuando, tras ellos,

se escuchó un grito infrahumano, un grito de alguien que veía la muerte.

Todos se volvieron con rapidez en el momento que se escuchaba un golpe sordo. Era la caída de un cuerpo.

Se asomaron a la barandilla de hierro para mirar hacia abajo. Descubrieron un cuerpo tendido, pero la escasa luz de la nave central no permitía ver bien quién era.

—Maldita sea… Si no estuviera nublado v con niebla, lo veríamos perfectamente —se lamentó Lester.

Tarnal dijo sombrío:

—Averigüemos aquí arriba quién es.

Se miraron entre sí para ver el que faltaba. Ya no eran diez, eran nueve.

—Es Chipper —dijo Dientes.

—¡No, estoy aquí! —se apresuró a exclamar el propio Chipper.

Vanessa preguntó:

—¿Quién es entonces?

Tarnal dio la respuesta:

—Es François.

En aquellos momentos comenzó a retumbar en todo el templo una campana que doblaba a muertos, y en el campanario no había campanas.

CAPITULO VIII

No había forma humana ele abrir la puerta que les mantenía encerrados en la torre octogonal del monasterio, tampoco de saltar por aquella baranda a lo que debía ser el altar de la nave principal.

El cuerpo de François yacía inmóvil cerca de la gran mesa de piedra que constituía el altar.

La campana que no habían podido descubrir seguía doblando a muertos, V el tañido era tan fuerte que casi les ensordecía.

—Aquí no hay forma de salir, tendremos que subir y tratar de hallar algo que nos sirva como ariete para derribar la puerta —propuso Tarnal.

Regresaron a lo alto del campanario, bajo su bóveda, tan alta para ellos que Tarnal opinó:

—No está a nuestro alcance.

—Jamás podremos derribar uno de esos travesaños, que serán pesadísimos. No tenemos sierra ni hacha, y la navaja la tenía François —se lamentó Lester con su marcado acento *cockney*.

Las inexistentes campanas dejaron de doblar, tranquilizándoles en cierto modo, aunque Susan se tapó los oídos gritando:

—¡El silencio es peor, todavía peor!

—Vamos, Susan, tranquilízate, saldremos de aquí —le dijo Michael animoso.

—¿Cómo, cómo?

—Si no salimos moriremos aquí —gimió Flower. Sus ojos aún parecían más saltones a causa del miedo.

—¡Yo me tiro! —advirtió Clean frenético.

—Vamos, vamos, ¿no veis que estamos haciendo lo que pretenden? Perdemos el control de nosotros mismos.

—¿Y de qué sirve conservarlo? —preguntó Chipper—, Estamos encerrados aquí sin posibilidad alguna de salir. Esto es demasiado alto para arrojarnos al vacío y no tenemos cuerdas para descender. La puerta es muy resistente y también es un suicidio saltar al interior de la nave. Moriríamos como François.

—A propósito de François, ¿cómo ha caído por la baranda? No es muy alta, pero sí lo suficiente como para no caerse estúpidamente.

A la pregunta de Tarnal respondió el silencio. Todos comenzaron a mirarse entre sí con recelo.

Vanessa rompió el hielo arguyendo:

—Creo que alguno de nosotros está en contacto con los de afuera y tiene que ver con ese monje.

—Tarnal ha propuesto que subiéramos a la torre —acusó Chipper.

—Es cierto —admitió Flower.

Dientes opinó:
—Quizá sería más interesante aclarar quién estaba junto a François cuando Tarnal intentaba derribar la puerta. Precisamente, Tarnal estaba delante. El no ha podido empujar traidoramente a François.
—Puede haber sido cualquiera —opinó Lester—. Una chica, por ejemplo. Un solo empujón de hombros, cogiéndolo a contrapié, bastaba para lanzarlo al vacío debido a lo baja que es la baranda.
—Si estuviera con vida podría decirnos quién ha sido —observó Vanessa.
Michael, por su parte, gruñó:
—Creo que sólo haremos que atormentarnos si comenzamos a recelar los unos de los otros. También puede haber sido casualidad.
—¿Y la campana, y la campana? —inquirió Dientes agresiva—. Estaban esperando que cayera para doblar a muertos.
—Sí, sí, se han propuesto matarnos, sacrificarnos a todos. Además, qué manía empeñarse en negar que esos brujos malditos tengan poderes excepcionales de Satán, al que rinden adoración. Con esos poderes quizá han obligado a François a arrojarse al vacío porque había sido elegido ya como su segunda víctima —Clean suspiró profundamente y prosiguió—: Todos hemos visto al monje de la calavera o calavera-monje, no sé cómo llamarle. Luego, la vela negra, encendida, iluminando la cabeza de Ilda. Los lobos, el siniestro laberinto que nos impide escapar, la campana que dobla sin haber campana.
—La campana puede estar en otra parte o, simplemente, no haberla. Con un buen sistema megafónico nos darían la impresión de que la hay.
—Eso está muy bien, Tarnal, pero lo cierto es que estamos en sus manos y que yo, por lo menos, creo en sus malditos poderes. A mí lo que más me interesa es largarme de aquí y os juro que, si salgo de ésta, en mi vida vuelvo a pisar un monasterio ni como turista.
Con desesperanza, se acercaron a la balaustrada. La niebla se había intensificado y la humedad debía ser del cien por cien. No llovía como la noche anterior, pero el cielo se hallaba cubierto y era inútil tratar de descubrir las salidas del laberinto, pues apenas si se veía éste.
—Creo que esta noche habrá que estar despiertos —observó Tarnal — y, ahora que estamos aquí seguros, no iría mal dormir.
—¿Y quién va a dormir después de todo lo que ha pasado?
Chipper, escogiendo un rincón para acomodarse, objetó:
—Yo sí lo intentaré. Como ha dicho Tamal, si hay jarana en la noche, es preferible tener los ojos bien abiertos.
Fueron ocupando rincones, alejándose de la entrada a la escalera de caracol, ya que la única posibilidad de llegar adonde ellos estaban

era utilizando aquella escalera, salvo que quien habitara en el monasterio poseyera alas.

Junto a Tarnal, que sólo conservaba el diapasón y las cuerdas de su guitarra y el magnetófono, se acomodo Vanessa. Con voz queda recordó:

—No has respondido aún a la pregunta que te he hecho en Ia cocina.

—Será mejor que duermas, Vanessa, y que te olvides de mí.

—¿Olvidarme, y si fueras tú uno de los que atacan?

Tamal la miró fijamente.

—No lo preguntas en serio, ¿verdad?

—Aquí estamos sospechando todos de todos, además del chófer del microbús cuya careta hallé y el monje con rostro de calavera.

—Hablas para sonsacarme, Vanessa, pero estoy seguro de que no piensas mal de mí. Te he contado ya muchas cosas, entre ellas que busco a una chica con una cicatriz y que originariamente se llamaba Priscila Sullivan. Supongo que ahora tendrá otro nombre.

—¿Y tú tenías algún informe de que andaba por estas carreteras del norte de Francia?

—Sí.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—Ah, ¿es que yo trabajo? —Se echó a reír. Le dio una palmada en el muslo y pidió—: Duerme. Las energías que recobres ahora te harán falta luego,

Vanessa, ignorando a los demás miembros del grupo, se inclinó sobre el rostro de Tarnal y lo besó en los labios. El la miró con más fijeza, encontrándose con los ojos verdes de la joven.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque eres la primera persona, desde hace mucho tiempo, que me inspira verdadera confianza y me atrae.

—¿No sospechabas de mí?

—Quizá es que empiezo a sentir celos de una chica que tiene una cicatriz horizontal en el brazo derecho.

Tarnal la atrajo hacia sí y musitó:

—Me llaman «maldito», pero quizá no lo sea tanto, y menos para ti, Vanessa.

Le devolvió el beso.

Dientes y Michael también estaban juntos bajo una de las columnas. Muy cerca el uno del otro, se quitaban el frío que les proporcionaba aquella molesta humedad que todo lo empapaba.

Pasó el tiempo y llegó la noche, quedando rodeados por una oscuridad tétrica y siniestra.

—Eh, compañeros, ¿qué hacemos ahora? —pregunto Lester desperezándose hasta alcanzar el centro del octógono que formaba el

piso de la torre.

—Yo me quedo aquí hasta mañana, yo no me voy —insistió Clean.

—Quizá fuera bueno tratar de forzar nuevamente la puerta —dijo Michael—, Yo tengo hambre v en la cocina seguirán todos los alimentos. Además, allí podemos estar seguros. También hay un gran hogar y, aunque sea con la mesa o las cajas, podemos hacer fuego y calentarnos, quitamos de encima esta maldita humedad que nos encoge.

—Nunca se me ocurrió pensar que ser hippy era dar el paso definitivo hacia el reuma y la artritis —suspiró Vanessa poniéndose en pie.

—Creo que todos podéis esperar aquí —propuso Tarnal—. Dos iremos abajo y probaremos con la puerta. Si conseguimos abrirla, daremos voces y bajáis.

—¿Dos, y cuáles son? —preguntó Clean.

—¿Quién quiere venir conmigo? —inquirió Tamal—, Yo me fío de todos.

Hubo unos instantes de suspense. Michael avanzó hacia él.

—Yo también me fío de ti. Vamos.

—Los demás, aguardad aquí —pidió Tarnal.

Seguido de Michael y agarrando fuertemente el diapasón de la guitarra por si tenía que luchar contra algo o alguien, Tarnal descendió por la agobiante escalera de caracol.

Era muy estrecha, tenía los peldaños excesivamente altos, y, si se acercaba al eje de la espiral, la anchura del escalón no permitía siquiera apoyar el talón.

Al fin, llegaron al término de la escalera. Tamal habló a Michael al que ni siquiera veía:

—¿Crees que François estará vivo todavía?

—No lo sé. Si pudiéramos descender, lo averiguaríamos en seguida.

—¡François, François!

No hubo respuesta. Tarnal raspó un fósforo, iluminándose con él.

—Nada, y con la luz de esta cerilla no se alcanza a ver lo que hay abajo.

—Abajo estará el infierno. Lo que un día fue casa de Dios, unos seres endiablados la convirtieron en templo de Satán.

Tarnal empujó la puerta de madera y ésta cedió con suma facilidad, aunque sus goznes gruñeron.

—Por lo visto, nos han abierto la jaula.

Michael comenzó a gritar:

—¡Bajad, bajad, está abierta!

No tardaron en escucharse los pasos del resto del grupo que descendía por la escalera casi precipitadamente, con ansias de escapar.

Al fin, se encontraron todos en la terraza que se hallaba sobre el claustro. Experimentaban una sensación de libertad que les duró muy poco, ya que la ansiedad comenzó a atenazarlos, a hacer hiriente presa en ellos. La oscuridad iba a convertirse en su mortal enemiga.

CAPITULO IX

—Tenemos que avanzar muy juntos. Creo que la puerta para descender quedaba a la derecha —dijo Tarnal.

Caminaron agarrándose los unos a los otros por las ropas o las manos. No se veían entre sí, sólo se palpaban para no perderse. Cuchicheaban en voz baja, como temiendo despertar al maligno espíritu que anidaba en el monasterio perdido.

Llegaron al fin a la dependencia que daba al claustro, ahora algodonado por una niebla oscura, ya que la noche ennegrecía su color gris plomizo.

—No quiero volver a ver a Ilda —advirtió Susan.

—Tratáremos de orientarnos para regresar a la nave grande —propuso Tarnal. De vez en cuando, encendía un fósforo para seguir avanzando, ya que en algunos puntos la oscuridad era total.

Se agrupaban o separaban según los lugares por donde debían pasar. Vanessa trató de situarse en todo momento cerca de Tarnal, al que había cogido confianza.

Nadie lo manifestaba, pero todos tenían sus recelos, todos habían pensado escapar en solitario. Alguno de ellos podía ser cómplice de los asesinos.

Llegaron al fin a la gran nave del monasterio que en tiempos primitivos habría sido la basílica.

—El candelabro de siete velas estaba aquí. Lo buscaré y encenderé.

Tarnal se separó de los demás. Tuvo la impresión de que alguien andaba cerca de él, pero le era imposible descubrirlo y para no ser atacado por sorpresa, en medio de la oscuridad, zigzagueó en el avance. Si él o los asesinos estaban habituados al monasterio, se desenvolverían con mucha más soltura en la oscuridad que él.

Recordaba dónde había dejado el candelabro, y lo halló fácilmente, apresurándose a encenderlo. Luego, escrutó en derredor.

—Eso está bien, Tarnal, un poco, de luz siempre es bueno —opinó Michael.

Sosteniendo el candelabro con su diestra, pese a los kilos que debía pesar, avanzó hacia el grupo que se hallaba cerca del altar.

La gran silla de granito aparecía vacía. Luego, estaba Ia larga mesa del altar sin objeto religioso alguno. Sobre ella, sólo el polvo de los siglos.

—François no está aquí —exclamó Dientes.

Todos miraron hacia el lugar donde debía hallarse el cuerpo del muchacho que se había precipitado por el hueco del campanario.

—Existe la posibilidad de que quedara con vida y se haya marchado malherido hacia alguna parte —opinó Lester.

—Habría gritado —dijo Clean.

—Sí, creo que habría gritado —aceptó Tarnal.

Vanessa preguntó:

—Luego, tú crees que se lo han llevado.

—No quiero comprobarlo —dijo Clean haciendo un esfuerzo para que sus dientes no castañeteasen de terror al tiempo que miraba hacia la puerta principal, abierta en una hoja, lo cual podía advertirse gracias a la luz de las velas, aunque la oscuridad interior del monasterio era muy superior a la exterior, pese a la niebla y las nubes que Cubrían el cielo.

De pronto, helándoles la sangre en las venas, Ia campana comenzó a doblar metódica y rutinariamente.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Tarnal en voz alta.

—¡Que dobla a muertos, siempre a muertos, siempre a muertos! —chilló Clean, histérico.

—¿Cómo a muertos? Si por François ya ha doblado antes, esta tarde o a mediodía, no sé qué hora sería —farfulló Michael.

Tarnal, inquieto, propuso:

—Convendría ponernos en círculo y contar los que somos.

Tarnal depositó el candelabro sobre el suelo, pero gracias a que era alto, la iluminación no resultó baja, aunque las llamas iluminaban los rostros de abajo a arriba, dándoles un aspecto fantasmagórico, máxime con las barbas, bigotes y cabellos que todos llevaban, las indumentarias estrafalarias y aspecto nada aseado. Abalorios y vestidos de cuero, pantalones «Lewis» y jerseys de gruesa lana que no conocían el detergente de una colada.

Las miradas de los hippies se pasearon de unos a otros. Contaron en silencio, con las respectivas nueces trabadas en las gargantas. Al fin, Dientes gritó:

—¡Somos ocho, ocho, falta uno!

—Es Chipper —anunció Vanessa.

Todos buscaron el rostro del mestizo euroasiático, pero en el círculo no apareció mientras la endiablada campana seguía doblando a muertos.

—¡Chipperrrr! —gritó Clean desesperado.

La campana seguía doblando, patética.

Nadie en el grupo osaba apartarse de la luz del candelabro. Formaban un círculo y sus sombras se estiraban hacia las paredes en forma espectral, vacilantes como las llamas de las velas.

Al fin, la campana enmudeció.

Tarnal dijo:

—Sólo hay una forma de averiguar lo que ha sucedido.

El pánico recorrió los ojos de los jóvenes atrapados en el maldito monasterio. Supieron lo que era el miedo. Sí salían con vida de allí,

jamás podrían olvidarlo.

—Tarnal tiene razón —musitó Vanessa—. Hay que averiguar Io que ha sucedido. Chipper ha desaparecido, pero ¿por qué?

—Yo no tengo deseos de volver al claustro —dijo Clean decidido.

—Está bien, ahora no tienes aquí ningún lugar por donde tirarte, de modo que si no quieres venir a averiguar lo que ha pasado, quédate aquí o dirígete a la puerta y sal fuera.

—¿Afuera? ¡No, no, está ese satánico monje con cara cié calavera, yo no salgo!

—Entonces, andando.

—Haz lo que quieras, Clean, pero Tarnal tiene razón. Hemos de ir al claustro. La ausencia de Chipper es un suceso desagradable que debemos comprobar.

—Sí, Chipper ha desaparecido sin violencias, sin ruidos, no hemos perdido mucho tiempo. Quizá acercándonos adonde ya sabéis podamos descubrir a quien quiera entrar en aquella macabra estancia por algún motivo.

Clean no quiso quedarse solo y siguió al candelabro de siete velas como si fuera una mariposa tras la llama que habría de abrasarla.

—Empezamos a conocer el camino del claustro de memoria —comentó Dientes.

—Sí, pero no hay que separarse los unos de los otros para que no continuemos disminuyendo en número —advirtió Tarnal.

Las llamas de las siete velas iluminaron las sombrías columnas del claustro, las feraces hiedras que las envolvían, al estanque de agua verdosa y las puertas que se abrían a los lados. Los sarcófagos pétreos suspendidos en las paredes, profanados y vacíos de sus primitivos restos.

Los pasos hallaban ecos extraños, pero nadie hablaba, nadie turbaba el silencio. Todos pensaban en lo que iban a. encontrar tras la puerta maldita.

—Dentro hay luz, se ve por debajo de la puerta —observó Vanessa.

Tarnal depositó en el suelo el pesado candelabro.

—Las chicas no miréis, volved la cabeza. Tú, Susan, y tú, Flower, haceos a un lado.

Obedecieron la indicación de Tarnal y éste empujó lentamente la hoja de madera. Su chirrido recorrió el claustro.

Tarnal, Michael, Lester, Clean, Dientes y Vanessa, aunque esta última giró la cabeza rápidamente, pudieron ver el macabro espectáculo que se ofrecía a sus ojos en aquella estancia.

A la cabeza de Ilda se habían unido otras dos en sendos garfios, siguiendo un orden de muerte. Cada una de ellas tenía una gruesa vela debajo, iluminándola fantasmagóricamente.

La vela negra de Ilda había descendido mucho. La que se hallaba

bajo la cabeza de François aparecía algo más de una pulgada por debajo de la de Chipper, cuyo cuello aún tenía sangre fresca.

Las tres cabezas sacrificadas y clavadas en los ganchos de las paredes ofrecían un espectáculo diabólico.

—Podemos apagar las velas —propuso Lester roncamente.

—¿Para qué? —preguntó Clean sin poder evitar que sus dientes entrechocaran.

—No sé, esto me parece un ritual, podríamos estropearlo.

—Salgamos, yo no creo en ritos malignos ni diabólicos —gruñó Tarnal.

Cerró la puerta y las chicas preguntaron:

—¿Chipper está ahí?

—Desgraciadamente, sí. Ha sido el último asesinado y no entiendo cómo. Tiene los ojos cerrados, quizá le hayan asestado un golpe en la cabeza.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Clean—. Sólo somos ocho, tres han muerto. Esto es cosa para la policía y, si continuamos aquí, todos terminaremos con la cabeza separada brutalmente del cuerpo y clavada en esos garfios.

—Nadie quiere terminar ahí dentro, Clean. Si nos dejamos empujar por el miedo, acabaremos corriendo en todas direcciones y por separado sí seríamos todos decapitados en ese ritual satánico.

Tarnal se acercó a la baranda del claustro, dándoles la espalda. Después, se volvió decidido.

—Hay que averiguar dónde se esconden.

—No estarás pensando recorrer el monasterio de noche, ¿verdad? —inquirió Clean.

—François ha muerto de día. Lo mismo da la noche o el día, lo que importa es que estamos atrapados aquí y hay que escapar.

—Un lugar como éste debe tener muchos escondrijos —opinó Vanessa—. ¿Crees que podremos hallarlos?

—En alguna parte deben estar los cuerpos de Ilda, François y Chipper.

Se escuchó el primer y largo aullido de la noche. El resto de los lobos de la manada que moraba en el laberinto lo secundaron.

—No es precisamente la coral que más me gusta —observó Lester.

—Bien, ¿qué decidimos? ¿Nos acurrucamos muertos de miedo y esperamos al amanecer o buscamos el lugar donde decapitan a sus víctimas? Ha de ser un sitio fácil de descubrir y no muy lejos de aquí. Habrá huellas de sangre por el suelo.

—¿El resto de los cuerpos no será la comida que echan a Tos lobos? —preguntó Dientes.

—Por favor, no seas macabra.

Tras la súplica de Clean, Tarnal dijo:

—Esos lobos al parecer están condenados a vivir eh el laberinto y por tanto deben ser alimentados desde dentro. Lo que acaba de sugerir Dientes no es una idea descabellada, por horripilante que nos parezca.

—Si no fuera por los lobos, os aseguro que correría por el laberinto hasta hallar la salida, aunque tuviera que trepar por el muro.

—Creo que todos haríamos lo mismo, Clean, sólo que no podemos rebasar sin armas a esos feroces guardianes que nos han puesto. No sería mala cosa buscar alguna clase de armas.

—¿Como qué? —preguntó Lester.

—Pues como,..

Tarnal calló. Todos miraban ahora a través del claustro. La niebla se disipaba en parte y la luna iluminaba más que antes.

Al otro lado del patio, enmarcado por las columnas de una arcada, alguien les miraba fijamente mientras los lobos aullaban.

—¡Es el monje! —gritó Flower.

Tarnal la sujetó por el brazo para que no echara a correr.

El monje encapuchado, con un rostro que era una calavera de cuencas vacías y una sonrisa siniestra en unas quijadas desnudas de carne y medio desdentadas, estaba frente a ellos.

Ahora no tenía los brazos cruzados, sino que sostenía una espada de ancha hoja, algo curva y muy brillante, una espada que debía ser pesada y cuyo cortante filo estaba manchado de sangre.

—¡Es el monje asesino! —chilló Susan.

Los aullidos de los lobos que se escuchaban lejanos semejaban lamentos quejumbrosos de seres torturados en el -averno, flagelados por látigos de fuego.

Tarnal, con el mango de la guitarra por arma, saltó la baranda entre las columnas, hundiendo los pies en la hierba del supuesto jardín del claustro para correr hacia el maligno monje que sostenía la espada letífera y ensangrentada.

—¡No, Tarnal, te matará! —gritó Vanessa con una angustia salida de lo más hondo de sus entrañas.

De pronto, hubo como una explosión y el agua del estanque que había en el centro, formado por bloques de piedra y que contenía algas viscosas y sucias, salpicó a Tarnal en medio de una nube. Este vaciló, protegiéndose los ojos.

Las chicas gritaron al ver aquella nube de agua sucia y viscosa. Dos de las velas del pesado candelabro se apagaron.

Tamal vaciló frotándose los ojos. Había quedado empapado por aquella súbita explosión en el interior del estanque.

Al mirar de nuevo hacia delante para tratar de atacar al monje, descubrió que había desaparecido.

—¡Es como si se lo hubiera tragado la tierra! —exclamó Lester.

—¡Larguémonos, es la muerte vestida de monje y nos va a decapitar a todos! —aulló Clean.

Tarnal, desconcertado, se preguntó:

—¿Cómo habrá podido hacer levantar el agua del estanque?

—Es obra del diablo, marchémonos —suplicó Flower encogida de miedo, aterida, mojada por aquella agua que todo lo había salpicado.

—¡Nos matará, nos matará, nos matará! —chillaba Clean perdido el control de sí mismo, echando a correr como en busca de la mismísima muerte, paradójicamente por miedo a toparse con ella.

CAPITULO X

Tarnal regresó junto a sus compañeros pero no se resigno.

—Voy a ver por dónde ha desaparecido ese maldito monje.

—Es la muerte vestida de monje —farfulló Clean.

—Te acompañaremos —dijo Vanessa, resuelta.

Rodearon el claustro para tratar de averiguar por dónde había escapado el siniestro monje con su espada letífera manchada de sangre.

--Ha debido huir por esa puerta —señaló Lester.

Todos miraron hacia la oscuridad de la puerta. Tras ella había una nave vacía, húmeda, resbaladiza por el moho crecido sobre su pavimento granítico.

—Ha escapado y creo que será mejor dejarlo. El está armado y nosotros no.

—Michael tiene razón —apoyó Susan.

Flower propuso:

—Será mejor regresar a la cocina. Allí estaremos a salvo.

Tarnal encendió las velas apagadas del pesado candelabro y preguntó:

—¿Y qué haremos en la cocina, aparte de comer, si es que alguien tiene hambre después de lo que hemos descubierto?

—La cocina no es un lugar grande y si atrancamos sus dos puertas estaremos a salvo hasta el amanecer.

La observación de la pelirroja Flower pareció gustar a los demás. Sin embargo, Tarnal objetó:

—¿Y al amanecer, qué sucederá entonces? Estamos atrapados aquí y carecemos de armas para escapar, armas con que enfrentarnos a los lobos.

—De día podremos buscar algo que nos sirva —-opinó Michael.

—Tarnal, todos estamos de acuerdo en regresar a la cocina como lugar más idóneo para protegernos.

—De acuerdo, acepto el voto de la mayoría. Volvamos a la cocina y allí nos encerraremos.

—Es lo mejor, Tarnal —dijo Vanessa en voz baja—. Ese monje, lo mismo puede ser espectral y cruzar muros, ser inaprehensible que...

Tarnal la atajó:

—Un ser que corta cabezas no puede ser inaprehensible porque si pasase por un muro, su espada no podría cortar. Sería tan etérea como él mismo.

—O sea, tú opinas que es algo consistente —preguntó Susan.

—Totalmente, pero tiene la ventaja de que él ha preparado la trampa y escogido su campo de acción, es decir, el monasterio, el

laberinto, los lobos y también debe conocer pasadizos secretos que nosotros ignoramos. Por si faltara poco, él está armado y nosotros sólo somos hijos de las flores y de la paz. El único daño que podemos hacer al prójimo es estropearles el olfato con nuestra maloliente presencia.

—Poca arma es ésa, y por ello debemos protegernos —gruñó Clean.

—Lo que me gustaría saber es cómo ha hecho saltar el agua del estanque para crear la confusión suficiente que le ha ayudado a escapar.

Siempre iluminados por el candelabro de siete gruesas velas, decidieron abandonar el claustro, aunque Tarnal, con el ceño fruncido, gruñó:

—¿Cómo habrán podido hacer saltar el agua?

No había descubierto nada en el suelo, y tampoco nadie había visto que el monje arrojara algo.

—Sus poderes son satánicos —se quejó Flower.

Conociendo ya el camino, no les costó regresar a la cocina. Allí, sobre la mesa, seguían las cajas con alimentos y los pequeños e inofensivos abrelatas.

Tarnal depositó el candelabro sobre la mesa. De esta forma, la estancia quedaba iluminada. Michael y Lester se apresuraron a cerrar las puertas. Ambas tenían cerrojo interior, que corrieron rápidamente.

—Cuando sea de día ya veremos la forma de escapar. A oscuras no lo conseguiríamos.

—Flower tiene razón.

Tras las palabras de Clean, Tarnal dijo:

—Está bien. Pasaremos la noche aquí dentro mientras ese supuesto monje deambula por sus dominios y los lobos aúllan quejumbrosos y amenazadores.

—Amigos, yo lo siento pero voy a comer. Mi estómago es joven y reclama comida —dijo Lester.

—Creo que todos deberíamos hacer lo mismo —propuso Tarnal—. Mascar tranquiliza.

Susan objetó:

—Yo no podría digerir.

Abrieron algunas latas. Lester fue el más glotón, Tarnal y Michael comieron con mesura. Clean probó la comida para escupirla después. Su garganta se negaba a tragar y las chicas cumplieron con un poco de alimento a excepción de Susan que se sentó con la espalda apoyada contra la pared, silenciosa y taciturna.

Vanessa se acomodó junto a ella para tranquilizarla y tratar de conseguir que tomara un poco de alimento.

—Tarnal tiene razón, pero yo no podría comer —insistió Susan.

—Sí, es una situación delicada y que no sabemos cuánto se

prolongará. Los chicos no ven la forma de rebasar el laberinto estando los lobos ahí.

—Si por lo menos tuvieran la alucinante espada del monje, podrían atacar a los lobos o mantenerlos a raya.

—Estoy segura de que si pudiera luchar contra ese monje, Tarnal lo haría aún a riesgo de su vida.

—Lo admiras, ¿verdad?

—Sí —admitió Vanessa con sinceridad.

—Es un tipo valiente.

—La antítesis de Clean.

—Sí, pero a la vez parece sensato y razonable. No entiendo cómo se ha hecho hippy, es demasiado dinámico para ello.

—Juraría que él no es *hippy*.

—Tú tampoco, ¿verdad, Vanessa?

—Bueno, es la primera intentona que hago, pero hablábamos de Tarnal, ¿no?

—Sí. ¿Por qué dices que no es hippy, por qué estás tan segura?

—Busca a una chica.

—Supongo que eso no te gustará. Se dice que el amor es comunitario entre nosotros, pero hay cosas que se llevan en la sangre y no se admiten cuando el amor llega de verdad.

—El no busca a esa chica en la forma que piensas, Susan.

—¿Ah, no? ¿En qué forma Ia busca?

—No lo sé, pero juraría que se ha dejado los pelos que lleva y se hace pasar por hippy simplemente por encontrarla. El sabe que anda por esta zona de Francia.

—¿Y quién es esa chica tan importante para tu Tarnal?

—Creo que se llama Priscila Sullivan.

Susan frunció el ceño y achicó los ojos. De haber más luz, Vanessa habría descubierto en su compañera un rictus de preocupación.

—¿Estás segura de que busca a Priscila Sullivan?

—Sí. Tiene una cicatriz horizontal en el brazo derecho, a la altura del hombro. Se la hizo en un parque público infantil en la niñez.

—Pero ¿por qué y para qué la busca?

—Eso, lo ignoro.

—¿Y no podrías enterarte?

La observó fijamente y la pequeña Susan sostuvo su mirada. Al fin, Vanessa se atrevió a preguntar:

—¿No te llamarás tú Priscila Sullivan?

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Me muestras tu brazo?

—Llevo jersey y si me lo quitara, bueno, hay demasiados chicos y están excitados.

—¿Eres tú o no Priscila Sullivan?

—¿Sería importante para ti que lo fuera?

—Para mí, creo que no, pero para Tarnal es posible que sí —siguió cuchicheando Vanessa.

Tras comer, Tarnal se acercó a Vanessa dejando el candelabro encendido sobre la mesa.

—Las puertas están cerradas por dentro —dijo— y como ese supuesto espectro no posea la propiedad de cruzar los muros, no va a molestarnos en toda la noche, de modo que podemos descansar. Ya veremos cómo salimos de aquí mañana en la mañana. Si por lo menos cambiara el tiempo, se disipara la niebla y los nubarrones, todo sería más fácil.

—Sí, esperemos a mañana. Aquí dentro estamos bien —asintió Clean estirándose bajo la mesa.

—Tarnal...

—¿Qué, Vanessa?

—Susan pregunta por qué quieres encontrar a Priscila Sullivan.

—Creí que serías más discreta, Vanessa.

—La culpa es mía, Tamal. ¿Podrías decirme por qué buscas a esa chica? —insistió Susan.

—¿Acaso la conoces?

—Tú sólo haces preguntas y no das respuestas.

—En fin, ¿por qué no contarlo ahora que Sullivan ha muerto?

—¿Que Sullivan ha muerto? —inquirió Susan ahora más excitada.

—Sí, en la carretera. Parece que la desgracia se ha cebado en la familia Sullivan, Los padres de la chica perecieron en el incendio de un hotel de Miami. La heredera universal de todos los bienes Sullivan, que al parecer son cuantiosos, es Priscila Sullivan y un tal George Sullivan, hermano del padre de la muchacha, contrató a una agencia de detectives para que localizaran a su sobrina.

—¿Y dices que él ha muerto?

—Sí. En realidad, no buscaba a la chica para entregarle la herencia, Me había pedido que obtuviera pruebas de su vida anormal, inmoral y hasta delincuente, según decía, para que le otorgaran a él la tutela de la herencia, tutela que también ejercería sobre la joven Ahora que ha muerto, puedo decirlo. Después de todo, no podrá ser tutor porque se la pegó en la carretera. Dientes, Michael y tú misma, Vanessa, lo visteis.

—¿Era aquel hombre que vimos ensangrentado?

—Sí, el mismo. Me trajo por la ruta que debía estar siguiendo a pie la desaparecida sobrina que había decidido hacerse *hippy* un par de años antes, y de la que no tenía más fotografía que las de su niñez, ya que ni siquiera el padre de la chica mantenía buenas relaciones con ella. George Sullivan no había tenido mucha suerte en su vida económica. Tenía más deudas que otra cosa pese a que le gustaba

vivir bien, por eso ambicionaba la fortuna de su hermano y para conseguirla debía obtener pruebas contra su sobrina que, por una carta semiquemada hallada entre el equipaje de los padres muertos, supo se encontraba por este territorio de Francia.

—¿Y cómo ibas a lograr las pruebas contra esa chica? —preguntó Susan.

—Bueno, yo trabajo para una agencia de detectives. Como soy joven, me encargan misiones especiales donde pueda meter las narices sin despertar sospechas. Este caso no me gustó desde el principio, Sullivan y yo no nos llevábamos bien. El odiaba de un modo enfermizo a la juventud, especialmente, a su sobrina que podía privarle de todo el dinero que ambicionaba. —Mostró el magnetófono a cassette y dijo—-: Este dial, aunque no lo parezca, es una cámara de fotografiar con película rápida. Puede tomar instantáneas casi en la oscuridad. Sí se pulsa la tecla de audición, siempre suena música, pero el aparato tiene duplicidad de cabeza grabadora y por dos pistas secretas gira silenciosamente sin que nadie se percate de ello.

—De modo que tenías que sacar fotografías y grabación magnética de los supuestos delitos y amoralidades de Priscila Sullivan.

—Sí, pero la recogida del microbús y todo lo que aquí se nos ha venido encima me han hecho olvidar a Priscila Sullivan.

—Y luego, ¿qué piensas hacer cuando esto, termine si es que salimos con vida?

A la pregunta de Susan, Tarnal respondió con sinceridad.

—Pediré la baja en la empresa de detectives internacionales donde trabajo e insertaré un anuncio en los periódicos advirtiendo a Priscila Sullivan de que sus padres han muerto. Que regrese a Estados Unidos, que ella es la heredera universal.

—No hará falta que pongas ese anuncio,. Tamal.

Susan se estiró el jersey por el cuello hacia abajo, mostrando su hombro.

—¡La cicatriz! —exclamó Vanessa.

—Por los datos que tenía, sospechaba de ti, Susan, pero mejor así. Ahora ya sabes cuál es tu porvenir.

—Gracias por avisarme, Tarnal. Sí salimos con vida de ésta, regresaré a América, ya me he cansado de esta falsa libertad. La libertad no está en ninguna parte. Si no es alguien concreto quien te domina, es la sociedad que te condiciona o nuestro propio cuerpo con la enfermedad, el hambre, el clima e incluso el miedo a la soledad. No todos los días los *hippies* están reunidos a millares como en la isla de Wight. Como experiencia, ha estado bien, sé mucho más de la vida que antes, pero mi curso intensivo de mundología terminó, si es que ese monje de la muerte lo permite.

CAPITULO XI

Tres de las siete velas del candelabro se apagaron cuando les faltarían unas cinco pulgadas para consumirse en su totalidad. Las llamas se apagaron, pero comenzaron a despedir un humillo blanco que se fue dispersando por la cocina del monasterio perdido.

Lester era el único que roncaba. Clean, debajo de la mesa, tenía los ojos cerrados pero no dormía. Michael había conseguido adormilarse y Flower y Susan dormían pesadamente, agotadas.

Vanessa sostenía un sueño ligero y Tarnal, con los ojos entreabiertos, vigilando en cierto modo, pensaba en lo que había sucedido, en el monje con rostro de calavera, el chófer del microbús y en cómo les había recogido a la entrada de la autopista, tratando de unir aquel rompecabezas.

Se fijó en las tres velas que se habían apagado extrañamente, sin agotarse, y que, sin embargo, iban desprendiendo humo como si se consumieran de otra forma.

De pronto, se apagó una cuarta y también comenzó a desprender un humillo blanquecino.

Aquel gas era dulzón y Tarnal, que había estado despejado, comenzó a notar pesadez en su cuerpo y en sus párpados, un atontamiento general. Era un súbito y profundo deseo de dormir, pero algo en lo más hondo de él se rebelaba a caer en aquel extraño y sorpresivo sueño.

Las velas, que seguían despidiendo gas pese a estar apagadas, bailaban ante sus ojos. Un relámpago iluminó su mente,

—¡Esto es una trampa!

—¿Qué pasa? —chilló Clean, asustado,

—¡Las velas despiden gas narcotizante! Estaban calculadas para que termináramos todos intoxicados. Vamos, abre la puerta, hay que sacar estos cabos de aquí.

Clean como hacia la puerta que daba al exterior. Al abrirla, en medio de la niebla y a sólo dos pasos de distancia, descubrió...

—¡El monje!

El monje con rostro de calavera estaba frente a él, mirándole con extraña sonrisa.

En sus manos blandía la mortífera espada que casi puso en blanco los ojos de Clean. Este quedó como atontado, pero al ver el filo de la espada dirigiéndose hacia él, cerró violentamente la puerta.

El acero golpeó la madera al tiempo que Clean pasaba el cerrojo y lanzaba un grito de terror que puso en pie a Vanessa.

—¡No podemos quedarnos aquí o el narcótico nos vencerá! —gritó Tarnal.

Corrió hacia la otra puerta y, sorprendentemente, allí estaba el monje de la calavera con la alucinante espada. Era como si poseyera el don de la ubicuidad.

Tarnal le lanzó los cabos arrancados del candelabro y el monje avanzó con la espada en alto, dispuesto a entrar en la estancia y proseguir la matanza.

En su locura, Clean corrió hacia la puerta y trató de pasar junto al monje para huir, pero la espada zigzagueó en el aire con un silbido estremecedor.

La cabeza de Clean saltó limpiamente rodando por el suelo. Vanessa se cubrió los ojos, aterrada, mientras el cuerpo decapitado se desplomaba a los pies del monje.

Tarnal, haciéndose con una pesada y consistente lata de carne, la arrojó con violencia beisbolística contra la cara del asesino, acertándole de lleno.

El monje gruñó antes de caer de espaldas. Tarnal saltó sol -e él, arrebatándole la espada tras retorcerle la muñeca.

—¡Vanessa, cierra la puerta, hay otro afuera!

Vanessa corrió a cerrar la puerta. Los cabos narcotizantes habían quedado ya en el exterior. Las tres velas que llameaban en el candelabro aún no habían llegado al punto peligroso para convertirse en narcotizantes, ya que estaban preparadas para que a determinada altura despidieran el gas encerrado en ellas, intoxicando a quien estuviera cerca.

Flower y Lester seguían dormidos profundamente.

Michael, forzando los ojos, consiguió despejarse en parte, aunque las imágenes bailaban ante él. Dientes y Susan, también despiertas, gatearon hacia el rincón.

El monje se debatió, pero Tarnal pidió:

—Las cuerdas de la guitarra, rápido.

Sosteniendo las manos del monje a la espalda, ya que se hallaba boca abajo, con las cuerdas de nylon le ataron las muñecas.

Después, Tamal lo volvió, descubriendo unas pupilas en las cuencas que antes parecían vacías.

Casi de un zarpazo. Tarnal le arrancó la careta.

Al contemplar el verdadero rostro del falso monje, Vanessa chilló con toda su alma. Aquel ser era repugnante, abominable. Su faz, devorada por una gran quemadura, inspiraba más terror que la mismísima careta que lo ocultara con anterioridad.

—Maldito diablo... Tú eres el tipo del microbús y usabas la máscara de látex (porque no podías mostrar tu verdadero rostro.

—¡Mi hijo os vencerá, todos moriréis! —gritó con su voz cavernosa.

—De modo que tu hijo es el otro monje que está afuera, ¿eh?

A la pregunta de Tarnal, el hombre desfigurado por la vieja y horrible quemadura, le escupió:

—¡Sí, y él os matará a todos, a todos!

—Maldito asesino... ¿Qué pretendéis con tanta muerte?

—Resucitar a Negraluz, la amante de Satán. Ella fue quien, hace diez siglos, se apoderó de este monasterio. Castigó con la muerte a quienes lo ocupaban y lo ofreció a Satán que la había elegido como amante. Ella era mi antepasada, por mis venas corre sangre de Negraluz y del propio Satán. Soy invencible y mi hijo también. Tenemos la misión de hacer revivir a Negraluz que fue asesinada traidoramente por uno de sus acólitos con una cuña de plata, y aunque no lo consiga yo, lo hará mi hijo. Ya falta poco, muy poco.

—¿Y dónde está tu Negraluz para que la puedas resucitar?

—En la cripta.

—¿Y por qué tantas muertes, por qué los sacrificios humanos?

—Negraluz vivirá cuando toda ella sea cubierta por sangre fresca de hombres y mujeres jóvenes sacrificados en su honor y cuyas cabezas permanezcan iluminadas durante diez días y diez noches con las llamas de velas negras. Cuando Negraluz resucite, su poder, donado por el mismísimo Satán, se apoderará de toda la Tierra, hará temblar su paz y todos os convertiréis en esclavos de Satán.

—Sádico loco... ¿Quién te hizo lo de la cara?

—Fue mi esposa, que al comprender que yo era hijo de la bruja más grande de toda la historia, me roció con gasolina mientras dormía y me prendió fuego la muy maldita. Pero mi hijo estaba.- allí para vengarme y lo pagó con la vida. Mi hijo impidió que yo muriera y decidimos regresar al templo de Negraluz y prepararlo todo para su resurrección.

—Esto es horrible, Tarnal, horrible —gimió Dientes.

—Sí, es horrible. Él hijo todavía es más sádico que el padre y anda suelto por afuera.

Vanessa, sobrecogida, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

CAPITULO XII

Tarnal registró al falso monje y del interior de sus ropas sacó una linterna. Obligándole a ponerse en pie, ordenó:

—Ahora vas a conducirme a esa maldita cripta.

—¡No lo haré! —denegó resuelto el supuesto descendiente de Negraluz.

—Pues yo escaparé de aquí y dinamitaré todo el monasterio. De esta forma se habrá terminado Negraluz y su tétrica historia.

Michael apartó su vista de la cabeza cercenada de Clean. Había dejado ya de tener miedo y advirtió:

—Lester y Flower siguen profundamente dormidos.

—Alguien debería quedarse aquí mientras yo voy con este tipo a la cripta para averiguar lo que pueda.

—Entonces, me quedaré yo —aceptó Michael.

Dientes dijo a su vez:

—Te acompaño.

—¿Y vosotras? —preguntó Tarnal a Susan y Vanessa.

—Vamos contigo aunque tengamos que cerrar los ojos de horror.

—Este sujeto se cree descendiente de una bruja, pero yo no creo en las brujas y si su hijo se pone por delante, va a tener trabajo —advirtió Tarnal tomando la espada que blandió en su diestra.

Abrieron la puerta que daba al interior del monasterio. Afuera no había nadie. Tarnal portaba en su zurda la linterna, iluminando el camino.

El hombre del rostro quemado, temeroso de que destruyeran todo el monasterio, íes condujo a la cripta, a la cual se descendía por una puerta disimulada en la pared.

La cripta era subterránea, pero tenía una alta bóveda con una ventana que constituía un respiradero. En el interior de la bóveda había algunos murciélagos que aquella noche no habían salido de caza y que chillaron ante la luz de la linterna.

En la cripta había varios sarcófagos profanados, pero uno de piedra estaba centrado a modo de altar.

Dentro de él yacía un esqueleto humano que, extrañamente, conservaba ˆ.u larga cabellera negra. Estaba manchado por la sangre que aquel siniestro personaje había vertido sobre él.

—Después de desangrarlos y decapitarlos, ¿dónde has dejado los restos de los muchachos?

—Los lobos son feroces y deben comer carne —aclaró con su voz cavernosa aquel hombre al que las muchachas no osaban mirar al rostro, monstruosamente desfigurado.

—Creo que será una horrible historia la que tendrás que contar a la

policía.

—Mira, Tarnal, una grabadora —señaló Vanessa.

Tarnal se acercó a ella y la puso en funcionamiento. Inmediatamente se escucharon las inexistentes campanas que doblaban a muertos.

—Un buen truco electrónico.

—Fue obra de mi hijo. El concibió Ía idea de revivir a nuestra antepasada Negraluz.

—¡Este hombre está loco, loco! —chilló Susan en medio del doblar de las campanas que brotaban de la cinta magnetofónica, oculta en la cripta del monasterio.

—Los siglos han respetado sus restos y revivirá, mi hijo ha dicho que revivirá y será como él dice, porque él es joven y fuerte. El conseguirá que la sangre fresca recubra por completo estos restos que retornarán a la vida.

—Lo siento, pero eso va no ocurrirá jamás. Lo teníais muy bien preparado, el microbús, la noche de tormenta para que no nos fijáramos en el camino, la oscuridad del monasterio, la ausencia de útiles a emplear como armas, el laberinto y los lobos que lo custodian y a los que alimentáis de forma tan diabólica y repugnante., pero todo ha terminado. Ya no más muertes, ya no más sacrificios ante una bruja que murió hace siglos. Nos vas a contar cómo se hace para escapar de los lobos. ¿Dónde está el microbús?

—¡No lo conseguiréis nunca, nunca! ¡Podéis matarme, pero mi hijo os vencerá y resucitará a Negraluz; sólo su vuelta a la vida es lo que importa!

—Eso está por demostrar. Por cierto, ¿cómo hizo saltar el agua de! claustro para que yo no pudiera atraparle?

—Mi hijo lo tenía todo previsto. Instaló un explosivo dentro del estanque con disparo por control remoto. Era por si a alguien se le ocurría hacer lo que tú intentaste.

—Averiguaremos la forma de salir. Ahora, ya hemos visto este siniestro espectáculo provocado por dos dementes.

Vanessa sintió horror al pensar que aquel esqueleto había sido una temible bruja que, aunque no poseyera poderes sobrenaturales, sí podía haber hecho mucho daño en su tiempo al ser obedecida por fanáticos dispuestos a todo y que en el monasterio perdido debían celebrar misas negras como culto a Satán.

—Salgamos de aquí.

Tarnal detuvo el magnetófono e iniciaron el retorno a la cocina, siempre vigilando por si aparecía repentinamente el otro falso monje que pretendía revivir a la bruja. Para ello, necesitaba sangre suficiente para cubrir sus restos según la profecía.

—No saldréis nunca, los lobos sólo están quietos cuando se hallan

encerrados y sólo se pueden encerrar poniendo carne en su guarida.

—Pero, habrá alguna forma de llegar a la guarida, ¿no? —preguntó Tarnal.

Soltó una carcajada exclamando:

—¡Jamás la descubriréis, jamás!

En aquellos instantes, hasta ellos llegaron claramente gritos de terror.

—¡Es mi hijo, es mi hijo, al que nadie podrá detener !

—¡Corramos hacia la cocina!

—¡Yo no corro!

El monje se dejó caer de rodillas, clavándolas en el suelo.

—¡Maldito viejo! Tendría que cercenarte el cuello como habéis hecho vosotros.

—¡Mátalo, mátalo! —gritó Susan con los nervios rotos.

—No, Tarnal, sólo es un loco —pidió Vanessa.

Tarnal golpeó con fuerza la nuca del viejo, dejándolo inconsciente en el suelo. Luego, apremió:

—¡Hay que correr, pueden necesitar ayuda!

Corrieron hacia la cocina. La puerta estaba abierta y, dentro de ella, Dientes gritaba con toda su alma.

A la luz de las tres velas que quedaban y que aún no habían llegado al punto del gas, descubrieron al monje de la muerte, sosteniendo el sable de hoja ancha, algo curvo y manchado de sangre.

Michael estaba frente a él con el simple mástil de la guitarra en sus manos para hacerle frente.

El monje semejaba recrearse en aquellos instantes tras haber asesinado a Lester y a Flower.

—¡Tarnal, él nos ha engañado, las campanas doblaban y creíamos que habíais muerto! —gritó Michael.

El monje del rostro de calavera se volvió hacia los recién llegados.

Tarnal blandía un sable gemelo al suyo. Pareció pensar que no tenía una superioridad manifiesta y se retiró hacia la puerta que daba al exterior. Abandonó la cocina internándose en la niebla.

—¡Voy por él, cerrad y no abráis de ninguna manera! —gritó Tarnal.

—¡No, Tarnal, quedarnos aquí, entre tantos decapitados, es más horrible que salir afuera!

—¡Hay que capturarlo!

Tarnal salió en pos del asesino, “pero no era fácil descubrirle entre la niebla y optó por caminar en dirección a la entrada principal del monasterio mientras los lobos seguían aullando en el laberinto.

Mas, no tuvieron suerte. El monje parecía haberse volatizado.

—Quién sabe dónde se habrá ocultado —gruñó Michael.

—Hemos de regresar junto a su padre. Si lo libera, tendremos más

dificultades con dos psicópatas que con uno solo.

—¿Crees que el hijo ha heredado la demencia del padre? —preguntó Vanessa.

—Eso tendría que diagnosticarlo un psiquiatra y no yo. Lo cierto es que son altamente peligrosos.

Regresaron a la nave principal donde habían dejado inconsciente al hombre capturado.

El haz de la linterna recorrió rápido la gran sala del monasterio, deteniéndose sobre una figura que permanecía en pie.

CAPITULO XIII

—¡Ahí está! —gritó Dientes,

En el suelo yacía el padre y el hijo permanecía en pie a su lado. Tarnal le advirtió:

—¡No lo pondrás en libertad, él ya está capturado!

Con una velocidad vertiginosa, el falso monje descargó un sablazo sobre el cuello de su progenitor, separando la cabeza del cuerpo. Luego, estalló en una carcajada y echó a correr.

—¡ Está loco, loco total! —gritó Vanessa.

—Será mejor dejarlo y tratar de escapar —propuso Michael.

—No estaremos seguros hasta que lo hayamos reducido —objetó Tarnal saliendo en su persecución.

Llegaron al claustro a tiempo de verlo desaparecer por una puerta.

Corrieron tras él subiendo escaleras. De este modo, llegaron a la terraza que había sobre el patio porticado.

Gracias a la luz de la linterna, lo vieron desaparecer tras la puerta de la torre octogonal del campanario. Tarnal corrió tras él, cerrando la puerta y pasando el cerrojo.

—¡Ya lo tenemos, ya lo tenemos! ¡Le hemos hecho la misma jugada que nos hizo él!

Desde la terraza, miraron hacia lo alto. El foco de la linterna que manejaba Tarnal se filtró entre las columnas que sostenían la bóveda del campanario hasta que entre ellas apareció el rostro de la muerte que les miraba con fijeza, sin darse por vencido.

—¡Estás atrapado, no podrás salir del campanario! —le gritó Tarnal.

Michael exclamó a su vez:

—¡ No conseguirás' escapar por la puerta!

—¡Asesino! —chilló Susan.

Por su parte, Vanessa le gritó:

—¡Se acabaron tus crímenes!

—Sí —le dijo Tarnal—, se acabaron los crímenes. No saldrás del campanario hasta que venga la policía.

Desde lo alto, aquel ser maligno les lanzó el sable con ánimo de acertar en alguien del grupo, pero se apartaron a tiempo y rebotó contra el suelo, partiendo una de sus baldosas.

—¡Ahora ya tenemos armas con que enfrentarnos a los lobos! —le gritó Michael.

Aquel maligno personaje no parecía dispuesto a dejarse vencer y asomándose por otro par de columnas, se puso en pie sobre la baranda.

—Se va a matar —exclamó Susan.

—¡ Eh, aguarda, te queremos vivo! —le gritó Michael.

—Está totalmente loco —dijo Tarnal—. En estos momentos, incluso debe ignorar lo que es real y lo que no. Su padre debió legarle el desequilibrio mental y luego le predicó que era descendiente de Negraluz y que había que resucitarla.

—¡Mirad! —pidió Dientes.

El supuesto monje extendió sus brazos gritando:

—¡Satán!

Se lanzó al vació como si fuera a volar, esperando ser ayudado por el rey de los avernos a quien idolatraba en su demencia.

Se precipitó desde lo alto del campanario hacia el exterior, tratando de escapar del monasterio.

—Ha caído abajo —observó Dientes sin' poderlo ver, ya que la configuración del edificio no se lo permitía.

—Tendremos que descender y salir del monasterio para buscarlo. Puede estar vivo todavía, aunque no lo creo —dijo Tarnal.

Descendieron al claustro y de éste pasaron a la nave principal.

Rehuyendo al hombre que yacía decapitado por su propio hijo, salieron al exterior.

—¿Por dónde habrá caído? —preguntó Michael.

—Habrá que rodear el monasterio —dijo Tarnal.

Corrieron cerca del muro repleto de fértiles y oscuras hiedras que se aferraban a los bloques de piedra.

El haz de luz halló una amplia puerta, desconocida para ellos, y caminaron hacia la misma.

—¿Qué será esto, otra entrada al monasterio? —preguntó Vanessa.

—Huelo a goma —dijo Dientes husmeando.

—Ahí, en el suelo, está el monje de la muerte —apuntó Michael.

La linterna iluminó el cuerpo. Con precaución, se acercaron a él. Estaba boca abajo y Tarnal le dio la vuelta con el pie. Aquel ser era peligroso pero, tras tocar su pecho, manifestó:

—Está muerto.

El foco lumínico se centró en la careta de látex que cubría su rostro. Tarnal le puso la mano encima igual que hiciera con el padre y se la arrancó.

La sorpresa fue total, nadie podía dar crédito a lo que estaba viendo. Sin embargo, era una realidad latente que llenaba sus ojos.

—¡Es Chipper! —exclamó Susan, ahogadamente.

—Sí, es Chipper —asintió Tarnal—. Nos ha estado engañando a todos. Él era el loco hijo de otro demente.

—Pero ¿cómo puede ser? Vimos su cabeza en aquella estancia, estaba clavada en un garfio como las de Ilda y François —musitó Vanessa.

—Seguro que lo que vimos era una reproducción de su cabeza en

plástico o cera. Pudo sacar un molde de sí mismo con escayola, es relativamente fácil, rellenándolo luego de cera. De este modo, nos engañaba a todos.

—Es cierto. Nos hizo creer en poderes sobrenaturales y sólo eran dos hombres para atacarnos —observó Michael.

—Él fue quien nos arengó para que subiéramos al microbús de su padre —dijo Dientes.

Vanessa recordó;

—También fue él quien estaba cerca de François cuando fue tirado desde el interior del campanario.

—Sí, y en todo momento decía cosas según le convenía. De este modo, ayudado por su padre., nos sorprendía desde afuera y desde dentro. El debió de apagar las velas de alguna forma cuando su padre abría violentamente las puertas del monasterio. También le fue fácil escabullirse en la oscuridad y hacernos creer que había sido asesinado, y mientras permanecía encerrado con nosotros en el campanario, su padre se llevaba abajo el cuerpo de François --explicó Tarnal.

—¿Cómo íbamos a sospechar de él si aparecía jovial y estaba junto a nosotros cuando vimos al monje de la calavera en el laberinto? —se preguntó Susan. .

—Oye, Dientes, tú has dicho que olía a goma —dijo Tarnal de pronto.

—Sí, junto a Ía puerta.

—Tengo una sospecha...

Tarnal se dirigió hacia la puerta. Estaba cerrada con llave y buscó en derredor, tanteando. Vanessa le preguntó :

—¿Qué buscas?

—Una llave. A juzgar por el hueco de la cerradura, ha de ser grande y por grande preferirán esconderla por aquí cerca.

Todos comenzaron a buscar. Fue la pequeña Susan quien la halló.

—¡Aquí está!

Tarnal entregó la linterna a Michael y probó con la llave. La puerta se abrió y ante ellos apareció algo inesperado.

—¡El microbús! —exclamaron al unísono.

Subieron al vehículo. Tenía la llave puesta en e] contacto y Tarnal lo puso en marcha. Michael se sentó a su lado y las chicas detrás.

El motor roncó y los faros barrieron la niebla hasta topar con el muro de altas tuyas.

En el salpicadero, frente a Tarnal, se encendió una luz que rezaba: «Cerrado». Tarnal frunció el ceño y pulsó el botón que había en aquel lugar.

Michael exclamó:

—¡Fijaos, el muro de arbustos se abre por sí solo!

—Es un control a distancia por ondas, como los utilizados para abrir las puertas de los garajes —observó Tarnal.

—Por aquí debimos entrar.

Había un grupo de falsos arbustos que no se enraizaban en la tierra como los demás y que al abrirse ofrecieron un paso directo entre el laberinto hasta el muro de piedra en el que había una puerta de hierro que también se abrió.

A bordo del microbús, dejaron atrás la siniestra mole del monasterio perdido. Con los faros en luz intensiva, Tarnal trató de seguir un sendero entre los bosques, lleno de baches, hasta que, inesperadamente, irrumpieron en una carretera asfaltada.

—¡Estamos de vuelta a la libertad! —sollozó Susan.

—Sí, ya estamos libres. Ahora, vayamos a la primera Jefatura de Policía aunque me temo que les va a costar mucho creernos —opinó Michael.

—Tarnal, ¿qué harás ahora? —le preguntó Vanessa.

—Lo que yo haga en adelante, lo decidiremos juntos si te parece bien, Vanessa.

—¡Claro que sí!

Susan, radiante, dijo:

—Ahora que tendré toda la fortuna de mis padres, vais a dejar que os regale un apartamento donde más os guste.

Vanessa observó:

—Dientes y Michael también parece que se atraen mutuamente.

Michael se apresuró a objetar:

—Yo seguiré corriendo mundo.

—Y yo junto a ti —dijo Dientes mientras el microbús, a gran velocidad, rodaba en dirección al primer lugar habitado que encontraron, donde no tardarían en decirles que seguían en Francia, la alegre y bulliciosa Francia.

FIN